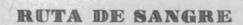


# RUTA DE SANGRE







Es propiedad de la Editorial Ercilla. Inscripción N.o 3797, Queda hecho el depósito legal

### SALVADOR REYES

## RUTA DE SANGRE

(NOVELA)



EDICIONES ERCILLA SANTIAGO DE CHILE 1935

#### **OBRAS DEL AUTOR**

BARCO EBRIO. Poemas, 1923.

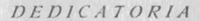
EL ULTIMO PIRATA. Cuentos, 1925.

LAS MAREAS DEL SUR. Poemas, 1930.

LO QUE EL TIEMPO DEJA. Cuentos, 1932.

TRES NOVELAS DE LA COSTA. Editorial Ercilla, 1934.

RUTA DE SANGRE.



Al Capitán de Alta Mar, Walterio Straube, al recuerdo de sus aventuras en la gran época de los veleros; al Capitán de Alta Mar, Robert Miethe, que capitaneó el cinco palos "Potosi", uno de los clippers más grandes del mundo; a Carlos A. Finsterbusch, navegante y soñador.

A ellos, a su amistad cordial y a las horas que hemos vivido en el mar

v en la tierra.

Al Capitán Delaunoy, al Capitán Barría, a todos los amigos de "Nautilus", muchos de ellos desconocidos-

Al finlandés Karl Johans, patrón de la "Alice", en la cual tantas veces hemos ido en busca de los tumbos de alta mar; a Pablo, el buzo, y a su mocoso Julius, que todavía llora cuando hay mucho balance, pero que tiene ojos de marino.

Al Negro Juan, que tocaba el acordeón en un falucho de Taltal, y a todos los hombres de mar de los puertos salitreros.

A los sueños y a la vida.

#### CALIFICACION DE SERVICIOS

Con el "Ray of the South", matrícula incógnita, capitán accidental Juan Watling, hemos cerrado en el tiempo y la distancia, un peligroso periplo. Cierto Salvador Reyes, en sus mocedades ayudante mío en la Armada regular de las letras, enrolado bajo el corsario pabellón del "Ray", me ha hecho correr a su bordo y bien a pesar mío, aventuras desventuradas que ya no eran de mis años de servicio, ni de mis años, buenamente, porque a esto conducen la "Hermandad de la Costa" y las condescendencias. Y ahora, como quien no quiere la cosa, se constituye él en cronista de esas piraterías y pretende que yo las atestigüe con mi falso testimonio.

Pero si la mitad del alma de un marino es la disciplina, la otra es una irresistible inclinación filibustera. Así compartido entre ambas, el hombre de orden que fuí, se convierte en el de desorden que me han forzado a ser. Y con ese perillán de Salvador Reyes, quiero decir, de Roberto de Guzmán, violaremos, saquearemos, profanaremos, asesinaremos, incendiaremos y bombardearemos, por lo menos en intención, sin atrevernos a preguntar si servimos o no la buena causa... ¡Buenos estába-

mos para pararnos en escrúpulos, cuando la degollina amagaba nuestro propio pescuezo! Sea como quiera, ese desalmado de Reyes, o merece los honores de que se le ascienda en grado, o de que se le cuelgue en alto.

Quienes hubieran querido encontrar tigres, y creyeren no ver sino gatos en los personajes de esta fábula, tampoco olviden que entre felinos anda el juego y que los troncos de una jungla o las cuatro patas de una mesa, igualmente se prestan para sus confabulaciones. En este sentido, el ataque, por ejemplo, al Morro, descrito al final del libro, me parece tan evidente como el que intentaron, muchos años después, sucesivamente, la escuadra de Thomson, o el ejército de Lagos, y yo lo he de seguir llamando históricamente "El Primer Asalto al Morro".

Arando en el mar, según dijo un soldado de tierra, este marino de fortuna que viene a ser Salvador Reyes, ha trazado con la quilla de su barco, un surco de sangre en el ponto y el piélago, y sentado el precedente de hazañas anteriores a las registradas por la Marina chilena. Un país que no es todo él sino un litoral interminable, forzosamente ha de tener muchos conscriptos marítimos y muchos rapsodas navales para celebrar sus epopeyas. En tal sentido, merece bien de la patria quien, como este Salvador, la representa literariamente en su expresión más genuina.

Porque hacerse un verdadero novelista de mar en Chile, sería llegar a ser, ni más ni menos, El Novelista de Chile. Título que para mí quisiera, pero que me disputa, con más denuedo y con mayor desenfado, ese bisoño y bizarro Salvador Reyes, marino de fortuna, según lo gradué, cuya fortuna de marino envidio, auspicio y señalo a la gratitud de nuestros conciudadanos más o menos costeños, nuestros "Hermanos de la Costa".

AUGUSTO D'HALMAR.

Aniversario de Angamos, 1934.



El año pasado, una motonave de la P. S. N. C. llevó en viaje de turismo a la isla de Juan Fernández, a un numeroso grupo de comerciantes y de damas ansiosas de diversión.

Cuando el barco levaba anclas en la bahía de Cumberland, para regresar al Continente, era de noche y había fiesta a bordo. En esas circunstancias sobrevino un confuso incidente: algunas damas que se encontraban en cubierta prorrumpieron, de súbito, en despavoridos gritos y terminaron por desmayarse; algunos caballeros echaron a correr de un lado a otro, dando pequeños chillidos Cuando se restableció la calma, nadie supo explicar con claridad lo que había ocurrido. Se habló de un barco fantasma, tripulado por espectros que entonaban un coro horrible. Unos decían que ese barco había pasado rozando la motonave; otros, que la había atravesado hendiéndose como un jirón de niebla.

Pero nadie, en definitiva, podía esta-

blecer la veracidad de la visión.

Por fortuna, entre los turistas se contaba miss Marion S. Pitkin, de Pennsylvania, quien, en vez de desmayarse, se dedicó a observar el fenómeno y a tomar nota taquigráficamente de la letra que cantaban en coro los fantasmas. Es así como ahora puedo ofrecer la versión exacta de esos versos que, naturalmente, he traducido en prosa.

Somos los Hermanos de la Costa, los filibusteros de Morgan, de Grammont, de Miguel el Vasco, de Sharp, del Olonés, de Watling y de tantos otros buenos capitanes; somos los Hermanos de la Costa, hijos del mar antiguo. Nosotros corrimos, entre tempestades y batallas, con nuestros barcos a la bolina y el cuchillo entre los dientes, ebrios de libertad, de tragedia, de muerte y de vida.

Saqueamos Panamá, Portobello, Campeche, La Serena; tantas ciudades que sus nombres tejen la red de un Imperio. Nosotros no buscábamos un Imperio, sino la alegría de las torres incendiadas, el florecimiento de los escombros, el fino arroyo de sangre que el sol aspiraba voluptuosamente, las onzas españolas, las mujeres españolas, las joyas y el buen vino.

Somos los Hermanos de la Costa. Nuestros capitanes fueron Morgan, Grammont, Miguel el Vasco, Sharp, el Olonés, Watling y tantos otros.

En nuestros barcos, de recias proas y altos castillos, echamos a navegar nuestras canciones, nuestros piojos y nuestra eterna sed de pelea. El oro, el amor, el poder, todo lo que hace la felicidad de los terrícolas, fué para nosotros la fiesta de un minuto. Pudimos formar un Imperio y nuestros huesos no han hallado más tierra que la del fondo del océano.

Nuestros ganchos de abordaje, más fuertes que mandíbulas de tiburón, no cedían jamás. Nosotros, livianos como monos, saltábamos las bordas, caíamos de los obenques, y entre el olor de la pólvora y de la sangre, los galeones españoles se nos entregaban cargados de oro, de cristianismo, de cacao, de nobleza y de palo de Campeche.

Hicimos presa de bellas damas que poseíamos en la noche de la victoria. Se santiguaban al caer bajo nuestros cuerpos, pero al fin sus oraciones se interrumpían con los gritos de placer que nuestras caricias les arrancaban. Desesperadamente, retorcidas como olas, blancas como la espuma de las olas, pegaban sus cuerpos contra nuestras ásperas y hediondas pelambreras y sus bocas diminutas succionaban las nuestras alargadas por el tajo del cuchillo.

Nosotros somos los Hermanos de la Costa. Hemos peleado a las órdenes de Morgan, de Grammont, de Miguel el Vasco, de Sharp, del Olonés, de Watling y de tantos otros buenos capitanes.

Incendiamos conventos, profanamos altares, pero nos santiguábamos, murmurando el Santo Nombre, cuando un gato negro se escurría de noche en nuestro camino. El sol de las Antillas quemó nuestra piel y la cubierta de nuestras naves. Cuando, borrachos o vencidos, no pudimos alhajar a nuestras queridas, la luna segó para ellas luceros grandes, pesados, húmedos.

Hachas, arcabuces, mosquetes, picas, puñales, espadas, todas las armas adaptaban perfectamente sus empuñaduras a la forma de nuestras manos. En las vergas de nuestras naves maduraban de continuo frutos humanos, tumefactos y macabros.

Fuimos libres; ninguna fuerza aprisionó nuestra fuerza. Jamás uno de nosotros se detuvo a llorar sobre el cuerpo del hermano atravesado por el arma enemiga. ¿Para qué?

Todas las mañanas el sol saltaba desnudo encima del mar y nosotros, desnudos, sobre la cubierta de nuestras naves, el cuchillo siempre pronto y el ojo siempre aguzado. No contábamos la vida por las horas consumidas, sino por los asaltos, las tempestades y las victorias. Como senos de mujeres, las velas hinchadas por los alisios o los austros, nos llevaron a través del mar de las Antillas, del Caribe, del Atlántico o del Pacífico. En todas partes repartimos el único bien que podíamos ofrecer: la muerte.

Fuimos los últimos hombres libres, la última forma de la vida impulsiva y brutal. Fuimos la naturaleza misma, avasalladora e inconsciente. Sólo los instintos desnudos y jugosos del hombre verdadero, guiaban nuestra ruta de sangre.

Somos los Hermanos de la Costa, los filibusteros de Morgan, de Grammont, de Miguel el Vasco, de Sharp, del Olonés, de Watling y de tantos otros. Y ahora...

Despellejados, comidos por las sales. con los huesos chirriantes como las drizas podridas de este barco fantasma, vagando en desesperado crucero, incapaces de acomodarnos al tranquilo, profundo lecho de arenas y de algas, en el fondo del mar.

Nos rebelamos antes a las leyes de la vida; ahora nos rebelamos a las leyes de la muerte. No queremos estar tranquilos y soñolientos. ¡No! Preferimos saltar de punta a punta de la Rosa; correr sin descanso al capricho de los vientos y de las olas.

Nuestras manos descarnadas no encuentran ya lindas mujeres a quienes sofaldar y nuestros esqueletos no pueden poseer ardientes criollas sobre las playas del Trópico. Somos los fantasmas del mar antiguo, del mar libre y salvaje, del mar legendario, aún habitado por los dioses.

Ahora cantamos esta canción desafinada porque los fantasmas tienen que cantar su desesperación, su inútil y desconocido destino.

Sin embargo...

Sin embargo nos queda el mar y bajo la quilla de este barco de sombras podridas, pasan las corrientes y los grandes peces de ojos estúpidos. Todavía el sol, cada tarde, sangra sobre las aguas sin fin y la luna canta sobre las olas viejas canciones para nuestra muerte sin sueño; todavía el viento ruje en las jarcias y la tempestad nos escupe de un lado a otro y golpea nuestros huesos con su gran zarpa amarga.

Ni Dios ni el Diablo quieren nuestras almas. ¿Para qué? Hemos hallado nuestro cielo y nuestro infierno en el mar. Nuestro barco a la bolina, con sus altos masteleros de niebla, es el último de las grandes flotas corsarias...

Nosotros somos los Hermanos de la Costa, los filibusteros de Morgan, de Grammont, de Miguel el Vasco, de Sharp, del Olonés, de Watling y de tantos otros capitanes... La golondrina dibujó un círculo perfecto y casi rozó el ángulo de la torre. Era una tosca construcción de caña y barro, chata y ancha, pero que colgaba del cielo y lo atraía con su peso. El viento silbaba en sus ventanas, impulsando en los rincones los remolinos de polvo, de pajas y de telarañas. Los rumores de las arboledas y del mar distante caían oprimidos por el sol. El paisaje, estirado en lineas puras y simples, era sin embargo demasiado vasto para ser animado por la obstinada golondrina.

Al cerrar su círculo, pasó tan cerca del durmiente que éste abrió los ojos. Era un muchacho rubio, atlético, vestido con la sotana de los Padres Mercedarios, la cual mal abrochada, mostraba los pectorales recios y tostados. Estaba tendido en el tejadillo que sobresalía bajo la última ventana y tan cerca del borde que cualquier movimiento falso hubiera podido precipitarlo a tierra. Pero al despertar, su peligrosa posición no pareció impresionarlo. No hizo otro movimiento que el de los párpados, y la mirada de sus grandes ojos verdes siguió durante un momento los revoloteos de la golondrina.

Luego se incorporó. Todo el paisaje cayó en sus ojos: los cerros grises, los campos quemados por la plenitud del estío, las dunas y la dilatada playa. Por fin el mar, violentamente azul y que, reverberando bajo el sol, era una mano inmensa haciendo danzar en su palma multitud de monedas, de plata.

La Serena extendía su caserío alejado de la playa por las tembladeras y terrenos pantanosos. La pesada siesta del estío apretaba las calles y los huertos, cuyo olor frutal corría por las doradas estrías del cielo. Siete iglesias y una capilla pintaban sus cruces en el azul como pájaros negros en vuelo inmóvil.

El muchacho se desperezó lentamente. Las anchas mangas del hábito descubrieron los brazos de firmes tendones; el pecho se le arqueó en una profunda aspiración y de su gesto, de su reposada fuerza, emergió una actitud ágil, vigilante en su aparente abandono, como la de un felino al salir del sueño.

Una campana quiso romper la quietud de la hora, pero el apretado ramaje del sol ahogó su voz. La ciudad volvió a caer en la dorada somnolencia.

El habitante de la torre se dispuso a continuar la siesta al borde mismo del tejadillo, sin importarle gran cosa al parecer, el peligro de una caída. Apartó las faldas de la sotana y ya iba a tenderse nuevamente cuando sus miradas cogieron algo que lo mantuvo en suspenso.

Parpadeó como para limpiar la visión y clavó la vista en el mar, muy lejos, casi en el

límite del horizonte. Al cabo de un instante se puso de pie de un salto, con movimiento tan vivo que hizo huir a las perezosas lagartijas tendidas al sol.

Erguido en el ángulo de la torre observó ansiosamente el mar. Un pequeño punto negro rodaba sobre él como una gota de tinta sobre un cristal azul. El muchacho miraba con ojos encendidos, apretando los labios.

Transcurrieron largos minutos, pero él no se movió. El punto negro fué agrandándose hasta hacerse visible la arboladura de un barco. El improvisado vigía continuó observando. Súbitamente giró sobre sí mismo y empezó a descender por la crujiente escala de la torre, con las faldas de la sotana arremangadas y a saltos tan grandes que apenas daba tiempo a las ratas para huir entre sus pies. En un instante estuvo en tierra y echó a correr por el jardín del convento. Todo el edificio estaba desierto. En la pesada atmósfera se filtraba el penetrante olor de los claveles; un chorro de agua parecía aumentar la luminosidad del jardin v una abeja trepaba por las hebras del sol.

El muchacho, a largas zancadas, llegó hasta los claustros también desiertos. Detenido delante de una puerta dió dos golpes.

-¡Abrid, Reverendo Padre, abrid!

Tardó un momento en girar la hoja y al fin el Padre Prior estuvo ante el muchacho. Su corpulencia hizo retroceder por un segundo la luminosidad del jardin.

-¿Qué pasa? ¿Por qué gritas así?

El muchacho se atropellaba, ahogado por la emoción.

—¡Un barco, Reverendo Padre, un barco...!; Deben de ser los piratas...!

El rostro del religioso permaneció impasible, pues no había emoción capaz de agitar sus pesados rasgos. Sólo los ojos reflejaron la ansiedad que indudablemente sentía.

- -¿Los piratas? ¿Te has vuelto loco?
- —¡Vienen, estoy seguro!... ¡Juro por mi alma que el barco que se acerca no es un galeón español!

El Prior parpadeó como persiguiendo penosamente una idea que se le escapaba.

—¡Hasta cuándo — preguntó — tendré que repetirte que es pecado jurar?

En ese instante, al otro lado del jardín, entre las tupidas matas de claveles apareció la figura de otro fraile. El Prior llamó:

-¡Hermano José! ¡Hermano José!

Y cuando lo tuvo a su lado:

—¿Qué pensáis, hermano? Roberto dice que ha visto desde la torre un barco pirata que se acerca...

El Hermano José avanzó un paso y dobló el cuerpo hacia adelante como si hubiera recibido un golpe en el estómago.

—¡Los piratas? ¡Nos degollarán a todos! Su grito repercutió bajo el techo del claustro. Otra cabeza de fraile apareció en una celda cercana.

- —¡Los piratas! volvió a gritar el hermano José. ¡Vienen los piratas!
  - -Sí; explicó Roberto yo he visto

el barco desde la torre. Juraría por mi alma que su arboladura no es de galeón.

El Prior sacudió al muchacho por un brazo.

—¡Te digo una vez más que cometes un pecado mortal cada vez que juras!

Roberto lo miró burlonamente.

—¡No importa, Padre; si son los piratas los que se acercan, vamos a pagar todos nuestros pecados!

El Padre José corrió hacia su celda. Había desaparecido en ella y aún se le oía gritar:

—; Tenemos que huir! ¡ Nos degollarán a todos!

Los otros frailes se agrupaban en torno al Prior comentando el suceso atropelladamente.

—Roberto puede haberse equivocado — dijo éste, tratando de calmar los espíritus más inquietos. — Desde hace cerca de diez años no se ve en estas aguas ningún barco extranjero.

El argumento no pareció convencer a los demás.

° —Sí, sí — exclamó un fraile anciano pero recordad Vuestra Reverencia que Morgan pasó a cuchillo la ciudad de Panamá y que...

El Prior lo interrumpió:

- —; Estamos en Chile, hermano! ; Estamos en Chile; muy lejos de esas guaridas de luteranos y de calvinistas!
- —Sin embargo, dijo Roberto el Virrey del Perú tiene miedo de los corsarios.

¿Si no para qué ha mandado fortificar Valparaíso y Valdivia? Bien sabe Su Reverencia que yo fuí en la nave que llevó al sur armamentos y soldados en 1671.

Nadie trataba de disimular su inquietud. —Su Reverencia tiene razón, — aventuró fraile chiquito, más bien con la esperan-

un fraile chiquito, más bien con la esperanza de que los otros, al apoyarlo, le dieran consuelo. — La alarma del Virrey fué a raíz de la toma y saqueo de Panamá. Ha pasado mucho tiempo desde entonces y la Real Armada ha puesto a raya a los herejes.

Nadie confirmó estas alentadoras palabras y el fraile chiquito paseó una mirada ansiosa por los rostros de sus compañeros.

El Prior reflexionaba.

—Lo importante por el momento — dijo al fin — es saber, con seguridad, qué clase de nave es la que se acerca.

Y agregó, dirigiéndose a Roberto:

—Vuelve a la torre y observa atentamente. No bajes hasta que no estés seguro si el que viene es barco español o extranjero.

Antes de oír la última palabra, Roberto atravesaba el jardín y subía por la polvorienta escalera. Ya en lo alto de la torre halló la silueta del barco sensiblemente aumentada sobre el impetuoso azul.

No le cabía duda: la arboladura de la nave era muy distinta a la de los barcos de Su Majestad Católica. Notó en seguida la inclinación característica de los mástiles en las naves inglesas, la enorme proporción de la verga y de la vela mayor, con numerosos obenques en ese palo. El color oscuro del casco contrastaba también con las llamativas pinturas de los galeones españoles.

Un golpe de entusiasmo coloreó el rostro del muchacho. Cuando volvió al claustro, junto a los frailes, su grito tuvo un timbre limpio y alegre.

—¡Los corsarios!... ¡Estoy seguro: son los corsarios!...

Su voz repercutió bajo el claustro, levantando un revuelo de blancas sotanas.

—¡Los corsarios! ¡Van a desembarcar en Coquimbo!...

Se había plantado sólidamente sobre las piernas abiertas, con los puños en las caderas y la cabeza echada hacia atrás, en una actitud desafiante, pero sin ninguna afectación. Tenía la sotana abierta sobre el pecho desnudo, la frente sudorosa y los ojos iluminados. El grupo de frailes detenido frente a él se empequeñeció.

—¡Los piratas! — volvió a gritar, riéndose esta vez. — ¡Ahora, Hermanos, tendremos que pelear!

La sonora carcajada recorrió el claustro y envolvió al grupo de religiosos en un anillo burlón. Después el silencio se hizo más pesado, percibiéndose con una extraña nitidez, el tintineo del rosario que el Prior llevaba colgado a la cintura y que entrechocaba sus cuentas.

#### -¿ Qué haremos?

La pregunta oprimía los espíritus y no había respuesta capaz de volverla menos pesada. Al fin, alguien lanzó otra interrogación:

—¡Habrá sido visto el barco desde el Cabildo? ¡Estará ya avisado el Corregidor?

Con esto pareció abrirse un camino para alejar el aturdimiento. El Padre Prior afirmó con energía:

- —Iré a entrevistarme con el señor Collarte. Todo depende de las medidas que se tomen para impedir el desembarco de esa gente.
- —¡Iré con vos Reverendo Padre! dijo Roberto. — Si son corsarios, yo puedo resultar útil.

El Prior miró al muchacho en silencio y vió reflejadas la energía y la fuerza en cada uno de sus rasgos.

—Parece, Roberto, — dijo el Padre lentamente — que la visita de los corsarios te regocija. ¿No piensas que puede costarnos la vida?

Roberto que ya había echado a andar, se detuvo.

—¡La vida? ¡En buena hora la perdería peleando!

Y agregó, queriendo dar a su voz un tono menos áspero:

—Ya sabéis, Reverendo Padre, que, a pesar de vuestros esfuerzos, no llegaré a santo. Me tienta el demonio, pero ¿no sería grato a Dios que diera mi vida en defensa de esta Santa Casa?

El fraile le puso una mano en el hombro.

-Roberto, - dijo gravemente - eres

bueno, inmensamente bueno, a pesar de tu revoltoso carácter. No quiero acordarme ahora de los muchos sufrimientos que me han causado tus locuras, pero comprendo que tu espíritu no está abandonado de Dios. Te conozco tanto, que sé que te harías matar en defensa de nuestro Convento, pero sé también que este Convento no significa nada para sol...!

Roberto se rió.

—Sí, — agregó el religioso — eres luchador, inconsecuente, aventurero... ¿Cómo es que aún permaneces a nuestro lado?...; Ah, es que también eres haragán... como los gatos que gustan de dormir largas horas al sol...

Salieron a la calle. La ancha puerta claveteada del Convento se cerró tras ellos. El Prior terminó tristemente:

—Todos los días, Roberto, todos los días ruego a Dios por ti.

Una noche de diciembre de 1662, don Pedro de Guzmán, oficial de la nave que condujo a Chile al Gobernador, don Angel de Peredo, marchaba apresuradamente por las callejuelas de Valparaíso con objeto de embarcarse. De pronto, en un rincón oscuro, se topó con una figura humana que trataba de detenerlo y que lo inquietó sobremanera. Ya el marino echaba mano a la espada, cuando una voz de mujer sonó junto a su oido:

-; Señor, señor, esto es suyo!

Don Pedro cogido de sorpresa, estiró los brazos con un movimiento instintivo, y recibió el gran paquete que la mujer le alargaba. Apenas lo tuvo en sus manos advirtió que se trataba de una criatura. Miró a su alrededor para devolver aquello, pero la mujer había desaparecido. Don Pedro apretó contra su pecho el envoltorio del cual se desprendía calor de vida y echó a andar hacia la playa. Allí lo esperaban la falúa de su navío y los compañeros que lo urgían con alegres gritos. Don Pedro saltó a bordo, cuidando de no sacudir mucho aquella criatura misterio-samente llegada hasta él.

El Capitán de "La Nueva Castilla", don

Alvaro de Alcántara, tomó con gran interés el hallazgo del oficial Guzmán. Hizo que se instalara al pequeño en un camarote vecino al suyo y ordenó a Juan Villegas, que hacía a bordo las veces de curandero, que se preocupara de él.

"La Nueva Castilla" zarpó de Valparaiso a fines de diciembre con rumbo al Callao, de manera que la celebración del nuevo año la sorprendió en alta mar. Se aprovechó esta festividad para bautizar al niño, al cual se llamó Roberto de Guzmán, pues el oficial se sintió muy contento de regalarle su apellido. El bautizo fué efectuado por Fray Casildo, de la orden de los franciscanos, el cual se creyó en un deber, antes de la ceremonia, de insistir largamente para demostrar al oficial el peligro de dar su apellido a un niño venido del misterio, hijo, acaso, de piratas o paganos.

Don Pedro no se dejó convencer y el religioso hubo de administrar los Santos Oleos al pequeño, cuyos berridos, anunciadores de su fuerte contextura, llenaban la mañana.

Fray Casildo ofició una misa para abrir en gracia de Dios, las puertas del nuevo año, y llegada la noche los hombres de la tripulación bebieron y cantaron sin freno. Don Alvaro de Alcántara permitió aquella batahola, pensando que se trataba de una festividad en la cual el hombre necesita calor de hogar y ternura de familia. Había, pues, que aturdirse un poco a fuerza de vino para apagar el resquemor de la nostalgia en aquellos lejanos parajes de los mares del Sur.

A impulso de favorables corrientes y de vientos tranquilos, "La Nueva Castilla" iba hacia el Norte con su cargamento de alegría. El tumulto se hizo tan poderoso aquella noche que nadie, entre los hombres de la tripulación, se dió cuenta de que el pequeño Roberto había despertado y gritaba hasta ahogarse. Sus berridos se confundieron con las canciones marineras y sólo cesaron cuando, abrumado de cansancio, el niño se durmió sin haber logrado atención alguna.

La verdad es que sólo la misericordia divina que Fray Casildo había implorado para Roberto, pudo librarlo de morir en aquel viaje de Valparaíso al Callao. A la altura de Arica el viento empezó a soplar furiosamente y "La Nueva Castilla" se puso a la capa para vencer uno de los huracanes que en aquella zona corren del N. N. E. al N. W. Juan Villegas, marino antes que curandero, hubo de tomar parte en la maniobra, olvidándose, acaso un día completo, de atender las necesidades del desdichado Roberto, cuyos gritos se perdían en el tumulto de la tempestad.

En el Callao. don Pedro de Guzmán entregó la criatura a una piadosa mujer llamada Clodomira de Rodales, cuyo marido, don Lope, había pertenecido al servicio del Virrey y que, ya viejo, vivía en un mundo fantástico, entregado por completo a organizar expediciones en busca de tesoros y maravillas.

En la casa de Clodomira creció Roberto y su infancia tuvo dos grandes amigos: el mar y el esposo de Clodomira que, siempre con la cabeza llena de romances portentosos, alentó los mejores sueños del muchacho. A los doce años Roberto era ya un hombre, fuerte, corpulento, de fisonomía expresiva, abierta y decidida. Acompañó a don Lope en dos viajes al Cuzco con objeto de descubrir un pasaje subterráneo que conducía a Arica y que, según la leyenda, encerraba buena parte de los tesoros de Atahualpa.

Pero don Lope se hacía viejo, y al correr del tiempo las expediciones dejaron de interesarle, como no fuera para contarlas en la puerta de su rancho a los vecinos pacientes. Esta actitud del anciano rompió el último lazo que ataba a Roberto con la familia.

Un día desapareció. Se había embarcado, ocultándose a bordo de "La Esperanza", carabela que conducía a Valdivia un grupo de presos que, siendo difíciles de mantener en las cárceles de Lima, el Virrey enviaba a la ciudad chilena con objeto de reforzar su guarnición. Se quería prevenir de esta manera los posibles ataques de barcos extranjeros, ya que Valdivia era la primera plaza con que habría de encontrarse toda nave que entrara al Pacífico por el Estrecho de Magallanes.

El Capitán de "La Esperanza", en el dilema de arrojarlo al mar o tomarlo a su servicio, optó por esto último y Roberto pasó a formar parte de la tripulación.

Al entrar en aguas chilenas divisaron dos velas sospechosas. "La Esperanza", temiendo que se tratara de naves filibusteras, desplegó todo su trapo. Los otros barcos no dieron muestras de intentar la cacería.

—Estos piratas — dijo el Capitán de "La Esperanza" — todo lo saben: ahora comprenden que no llevamos cargamento de valor y nos desdeñan.

Roberto, que se hallaba a su lado repuso:

—Capitán, ¿por qué no presenta combate? ¿No hay, acaso, que barrer a esos perros de todos los mares?

—¿Quién te mete a ti en estas cosas? — gritó el Capitán iracundo. — ¡Vete a la cocina a preparar mi cena!

Roberto se encaminó a cumplir su triste obligación, pero antes se detuvo para contemplar las gallardas velas corsarias que desaparecían en el horizonte. Le parecía ver en cilas un desafío al cual respondía el inquieto golpe de su sangre.

"La Esperanza" hizo el viaje con buen viento. Una tarde lluviosa, de nubes bajas, echó el ancla al amparo de los fuertes que resguardaban la entrada del río Valdivia: el Castillo de Nuestra Señora de la Concepción con catorce piezas de gran calibre; el castillo de San Pedro, con diez; el fuerte de San Francisco, con dos; y el Castillo de Niebla, con ocho.

El paisaje estaba pintado en desvahidos tonos verdes, grises y azulosos. Playas dilatadas, altos farellones, islas y montañas donde arraigaban espesos bosques. El Valdivia internaba en el azul del mar su azul más claro. La lluvia caía furiosamente sobre el paisaje

exuberante encerrando en sus cristales una sensación amarga, lejana, que debilitaba el espíritu y aflojaba los músculos, como en una lenta convalecencia.

Roberto desembarcó con los presidiarios que iban a pasar a la categoría de soldados de la guarnición. En los fuertes golpeó con su mano los grandes cañones apuntados sobre la desembocadura del río y manejó con regocijo los pesados arcabuces. La lluvia no cesaba de caer y Roberto, una noche, echado entre los bastiones del Castillo de Niebla, oyendo el rujido del mar, en la oscuridad compacta, se dejó perder en los inquietos caminos de sus sueños. Aguzaba el oido para distinguir entre los ruidos del océano y de la lluvia, el paso sigiloso de los asaltantes, el golpe de las espadas y de las pistolas contra las rocas.

Pero no había sino la noche profunda y el clamor sordo del oleaje. En vez del grito de los enemigos, Roberto fué percibiendo los mil rumores de la naturaleza nocturna y, confusamente, se dió cuenta de que estaba rodeado de multitud de diminutos seres; de que toda la noche vivía con vida secreta y activa. Cada gota de agua la presintió animada de misteriosa fuerza, y la voz inmensa del mar, voz que arrancaba de una lejanía de vértigo o de muerte, lo dominó con un poder de cosa divina. Su instinto le reveló en las voces de la naturaleza una conciencia y una voluntad superiores a la conciencia y a la voluntad humanas. Permaneció largo rato con

los ojos abiertos, y al fin se durmió junto a los grandes cañones, recibiendo sobre su piel curtida el helado zarpazo del viento de los Mares del Sur.

Volvió al día siguiente a bordo de "La Esperanza", pero con molestia al verse rodeado de una tripulación descontenta. Cada marinero lamentaba la lejanía de la patria, su destierro en aquellos mares avaros de fortuna y de gloria. Con frecuencia Roberto discutía con ellos. El océano, la naturaleza salvaje, la asechanza de los barcos enemigos, todo le parecía suficiente para llenar la vida. A través de las conversaciones de los marineros, Europa se le aparecía como una tierra sórdida, pequeña, gastada por el hombre.

"La Esperanza", emprendió el viaje de regreso a fines del Invierno. Volvía al Callao donde debía unirse a un convoy de galeones para transportar a España un rico cargamento. Pero un temporal rompió su arboladura v su timón frente a las costas de La Serena. El barco, haciendo agua por numerosas vías y sin gobierno, fué a estrellarse contra un grupo de arrecifes al Norte de Punta Teatinos. La tripulación pudo salvarse y llegar a La Serena. Allí los marineros fueron embarcados en otra nave para el Callao, pero Roberto quedó abandonado. Vagó por los campos durante días, semanas y, acaso, meses. Al fin fué recibido en una casa de campesinos. Pronto éstos se dieron cuenta de que no podrían sacar partido del muchacho.

Una vez, pasando frente al Convento

Mercedario, Roberto tuvo la ocurrencia de golpear la puerta pidiendo asilo. Le pareció acogedor el gran patio con sus claustros de piedra, sus plantaciones de claveles, y juzgó llegada para él una época de quietud, después de su violenta amistad con el mar. Los frailes consintieron en tomarlo como ayudante del hermano encargado de las hortalizas y así, al correr los meses, Roberto dominado por su pereza, se convirtió en lego y vistió el hábito de la orden.

Su carácter no chocó demasiado a los religiosos, los cuales le tomaron grande afecto por la generosidad espontánea, siempre pronta a manifestarse en él. El Padre Prior pensó hacer de aquella alma impulsiva un alma digna del Señor y dedicó, desde entonces, muchas horas a ilustrar a Roberto sobre los deberes cristianos. El muchacho, con el mentón apoyado en el puño escuchaba pacientemente las lecciones del anciano; rezaba con verdadera fe, permaneciendo horas enteras arrodillado ante la Majestad Descubierta v cumpliendo durante semanas una vida de sumisión y de quietud. De pronto, en un momento cualquiera, todo aquello se olvidaba: una riña en la calle, una palabra dura o una rebeldía que lo llevaba a permanecer en lo alto de la torre de la iglesia, tendido al sol, sin pensar en nada, sin otro deseo que el de disfrutar en su abandono, sin más compañía que los remolinos que el viento formaba en los rincones y el vuelo de alguna golondrina.

La alarma corría por la ciudad abriendo las puertas y colgando en ellas el gesto angustiado de los habitantes. El Padre Prior y Roberto encontraron al Corregidor cuando éste se encaminaba a la playa, rodeado de un grupo de oficiales y notables. El Corregidor, don José Collarte, era hombre de carácter sombrío y tortuoso. Se contaban de él anécdotas crueles. Al divisar al Prior se detuvo para dar tiempo de que éste lo alcanzara sin demasiada fatiga para su obesidad. Luego todos juntos se encaminaron a la playa.

La ansiedad crecía en la población. La presencia de un barco en las solitarias costas chilenas traía siempre alarma, sobre todo despues que el Virrey del Perú y el Gobernador de Chile, aterrorizados por las hazañas de los Hermanos de la Costa en las Antillas y Centro América, habían repartido ordenanzas y recomendaciones para la defensa de los puertos del Pacífico. Los corsarios dominaban los mares sin rivalidad, y el asalto de Panamá y la destrucción de otras ciudades habían demostrado todo lo inútil que fué el "Pacto de América", celebrado el 18 de julio de 1670, entre el Gobierno español y Cár-

los II de Inglaterra, y en el cual se estipulaba que: "los dichos procuren que sus súbditos se abstengan de toda violencia e injuria, y que revoquen cualesquiera comisiones y letras que contengan, así la facultad de represalias o de marca, como de hacer presas en la India Occidental de cualquier género o condición que sean".

Ahora por las calles de La Serena corría gente despavorida preguntándose hasta dónde podía alcanzar el peligro de la visita de aquel barco desconocido. Pronto una gran cantidad de personas, pidiendo amparo, formó séquito al Corregidor. Los oficiales corrían de un lado a otro llevando órdenes para poner sobre las armas a la guarnición.

—Yo pienso, don José — dijo el Prior mercedario con la familiaridad que su cargo le permitía — que debemos pactar con estos piratas, ofreciendo un rescate por la ciudad. La plaza no es bastante fuerte para resistir.

—; No, no, Su Reverencia! — intervino un oficial joven. — ; Podemos resistir perfectamente! Somos muchos y combatimos en terreno conocido.

El Gobernador marchaba en silencio. Varios otros religiosos se habían unido al grupo y repartían frases animosas hacia todos lados.

Al llegar a la playa vieron el barco navegando con el claro propósito de anclar frente al caserío de Coquimbo. Con el catalejo traído por uno de los oficiales, pudieron distinguir a bordo la animación de los tripulantes, preparándose para la maniobra de largar anclas. Esto impresionó visiblemente al Corregidor y a su séquito. Todos quedaron silenciosos, y más de uno se sobresaltó cuando Roberto, de pronto, arremangándose las sotanas con la mano izquierda y alzando la derecha en el aire, corrió metiéndose en el mar hasta media pierna y gritando:

—¡Malditos, malditos!...; No quedará vivo ninguno!

El Prior acudió, escandalizado.

—; Silencio, Roberto, silencio! ; Ven acá! Roberto volvió al lado del religioso y éste

continuó su amonestación en voz baja:

—¿ Es posible que un hijo de nuestro Convento dé muestras de semejante impiedad, delante de todos estos señores? ¿ Cuándo un lego se ha permitido maldecir en esa forma?

—Esta nave — dijo el Gobernador — debe de ser de Sharp, puesto que, según las noticias, él ha sido quien ha atravesado el Istmo de Panamá a principios del año y últimamente ha atacado algunos puertos peruanos.

—Si es Sharp — exclamó uno de los vecinos — estamos perdidos. ¡Es el más sanguinario de los piratas!...

 Lo mejor es el pacto, el rescate, don José — insistió el Prior.

Don José no parecía oírlo. Continuaba silencioso, pero la contracción de sus cejas no anunciaba nada bueno. Súbitamente giró sobre sí mismo llamando:

-; Capitán Aguirre!

Un oficial se acercó, saludando con un gesto maquinal.

- —; Tenéis vuestra gente preparada, Capitán?
  - -¡Toda lista, señor Corregidor!
  - -¿De cuántos hombres disponéis?
  - —De cien, señor.
  - -Perfectamente.

Tomó el anteojo y volvió a observar las evoluciones de los corsarios. Estos habían echado algunas embarcaciones al mar y se dirigían a la costa. El Gobernador continuó largo rato con el ojo pegado al catalejo. Después dió sus órdenes:

—¡No hay por qué alarmarse! Los corsarios son pocos en número. No desembarcarán, seguramente, más de cincuenta hombres. Vos, Capitán Aguirre, tomad cien jinetes y esperad a esos bandidos en algún sitio favorable del camino. Caed sobre ellos de manera sorpresiva y no perdonéis la vida a nadie. ¡En vuestra pericia confío, Capitán; en vuestra pericia y en vuestro valor!

El oficial volvió a saludar. El Corregidor y los que lo acompañaban, emprendieron el camino de regreso. El señor Gobernador don José Collarte estuvo en lo cierto al suponer que no desembarcarían más de cincuenta corsarios, pero se equivocó al confiar en que los cien jinetes del Capitán Aguirre podrían fácilmente acabar con ellos.

Este Capitán, don Francisco de Aguirre y Ribero, biznieto del conquistador del mismo nombre, era un joven enfatuado, que aún no se había visto en ninguna acción de guerra importante. Alto, flaco, de aspecto enfermizo y de agrio carácter, nunca había infundido confianza a sus soldados. Cuando los espías lo impusieron, al día siguiente, de que sólo treinta y cinco hombres al mando de Sharp, avanzaban sobre La Serena, juzgó llegado el momento de lograr una victoria fácil, a la cabeza de sus cien jinetes, los cuales, mal armados y tan inexpertos como él mismo, pronto habrían de experimentar la valentía y destreza de los Hermanos de la Costa.

En las inmediaciones de un bosquecillo, los soldados españoles y los hombres de mar se hallaron frente a frente. Los jinetes del Capitán Aguirre cayeron sobre los corsarios con todo el ímpetu de que fueron capaces, pero

Sharp y su gente estaban prevenidos. Una descarga de arcabuces recibió a los valientes españoles. Luego, los corsarios atacaron con sus anchos sables de abordaje.

Aguirre hizo esfuerzos superiores a él mismo, pero la ofensiva del pequeño grupo de corsarios fué bastante para desmoralizar a los jinetes. Tanto era el terror que inspiraban los Hermanos de la Costa, que sus fuerzas estaban redobladas: junto a cada hombre de mar combatía un demonio invisible, un fantasma de terror para el enemigo. En esta ocasión, como siempre, aquellos aliados misteriosos dieron el triunfo a los hombres de Sharp, casi sin pelea. No obstante la diferencia del número, los jinetes de Aguirre se dieron a la fuga y el campo quedó libre para que los corsarios siguieran su marcha sobre La Serena.

Entraron a la ciudad, de la cual había huído la mayoría de los habitantes, y acamparon sin intentar desmanes ni atropellos. No faltaron vecinos curiosos que pudieron ver al jefe corsario, Bartolomé Sharp, hombre corpulento, de gran barba rojiza, que daba órdenes en un lenguaje que los españoles, sin entender, juzgaron plagado de herejías.

Sharp deseaba avituallarse en La Serena y luego pedir un rescate por la ciudad. La débil resistencia del Capitán Aguirre hacía que la presa fuera demasiado fácil para ponerla a sangre y fuego. Todos los corsarios imitaban la tranquila actitud de su jefe. Al día siguiente, muchos de ellos visitaron las casas de la población, se aprovisionaron de frutas y le-

gumbres y regresaron pacíficamente a su campamento.

Algunos serenenses, y no de los más audaces, estaban ya a punto de considerar a los herejes piratas gentes de tanta dignidad como los mismos súbditos de Su Majestad Católica. Habían encendido solamente una pequeña lámpara, de manera que apenas la luz lograba separar las figuras agrupadas en torno a la mesa.

El Corregidor se volvió hacia el Prior Mercedario.

—Reverendo Padre, — interrogó, señalando a Roberto — este joven, ¿es de confianza?

—De toda confianza, señor.

Cada uno de los circunstantes expuso su plan de defensa de La Serena.

—Insisto — dijo el Prior — en que es necesario pactar un rescate.

—Pero los corsarios exigirán alguna suma elevada que no podremos cubrir.

Con voz descolorida, bajando los ojos, el Prior repuso:

—Si hacemos una promesa de buena fe y luego nos damos cuenta de que no podemos cumplirla, ¿hemos cometido culpa? Seguramente no, pero con eso habremos ganado tiempo...

El Corregidor se volvió hacia el religioso, y su dura mirada se encontró con la mirada inteligente y tranquila de éste. Por los labios de Collarte pasó una sonrisa maliciosa. —¡Ah, Reverendo Padre, sois un hombre de recursos! Nada más cierto: lo principal está en ganar tiempo. Ya encontraremos después alguna manera de pagar el precio del rescate...

La discusión continuó. Un Capitán, don Diego de Medina, propuso el envío de un grupo de soldados a Coquimbo, con objeto de efectuar un asalto nocturno al barco de Sharp. Se perdió en detalles tácticos para explicar su plan.

El Corregidor desechó semejante idea.

—No me parece práctico — dijo. — Nuestros hombres son soldados inexpertos frente a los aguerridos corsarios, cuya falta de moral y de religión les hace tener un absoluto desprecio por la vida. Además, y esto es lo principal, viven siempre en guardia, de manera que antes que nuestros hombres lleguen a bordo, habrán barrido a Coquimbo con sus cañones.

Uno de los Consejeros del Cabildo, propuso inundar la ciudad en la parte en que el enemigo había acampado, con objeto de destruir su vivac. Este plan fué aprobado, pero sólo como refuerzo de otro más completo, cuya definida forma no se vislumbraba en ninguna de las proposiciones de los concejales.

-¡Lo mejor es incendiar el barco!

Todos se volvieron hacia el que había hablado. Roberto, con los puños apoyados en la mesa y los ojos brillantes, repitió:

-¡Lo mejor es incendiar el barco!

Los demás quedaron vacilantes; algunas

cabezas se movieron en ritmo de perplejidad, y el Corregidor intervino:

-¡Cállate, muchacho!

Sin embargo, el Prior mercedario se interpuso serenamente:

-¿Por qué, señor Corregidor?

-¿Cómo por qué?... El muchacho...

—Incendiar el barco. ¿Qué os parece. Capitán, Capitán de Medina?—agregó el religioso, volviéndose hacia el militar y sonriendo, como si se refiriera a un asunto baladí. — La idea no es del todo mala... Un hombre que se acerca a la nave, nadando en la noche... una mecha que se prende... Y ya tenemos a nuestros visitantes sin embarcación y desmoralizados por el desastre... a merced de nuestras tropas...

El Capitán golpeó el tablero con el puño:

—; Excelente idea! Si es verdad que es difícil acercarse al barco con un bote cargado de soldados, es fácil, en cambio, llegar nadando hasta él. Lo más importante consiste en poder ganar tiempo, en entretener a los corsarios, de manera que no nos ataquen y nos permitan preparar y llevar a efecto nuestro plan.

—Opino en favor de la idea del Reverendo Padre Prior — dijo uno de los concejales.

—Y yo también — agregó otro.

El Corregidor se daba por vencido.

—Ya que la idea os parece buena — dijo — la pondremos en práctica. Yo pactaré con los corsarios un rescate por la ciudad. De esta manera ganaremos tiempo para incendiar el navío, según los planes que nos hagamos. Lo —¡Ah, Reverendo Padre, sois un hombre de recursos! Nada más cierto: lo principal está en ganar tiempo. Ya encontraremos después alguna manera de pagar el precio del rescate...

La discusión continuó. Un Capitán, don Diego de Medina, propuso el envío de un grupo de soldados a Coquimbo, con objeto de efectuar un asalto nocturno al barco de Sharp. Se perdió en detalles tácticos para explicar su plan.

El Corregidor desechó semejante idea.

—No me parece práctico — dijo. — Nuestros hombres son soldados inexpertos frente a los aguerridos corsarios, cuya falta de moral y de religión les hace tener un absoluto desprecio por la vida. Además, y esto es lo principal, viven siempre en guardia, de manera que antes que nuestros hombres lleguen a bordo, habrán barrido a Coquimbo con sus cañones.

Uno de los Consejeros del Cabildo, propuso inundar la ciudad en la parte en que el enemigo había acampado, con objeto de destruir su vivac. Este plan fué aprobado, pero sólo como refuerzo de otro más completo, cuya definida forma no se vislumbraba en ninguna de las proposiciones de los concejales.

-¡Lo mejor es incendiar el barco!

Todos se volvieron hacia el que había hahlado. Roberto, con los puños apoyados en la mesa y los ojos brillantes, repitió:

—¡Lo mejor es incendiar el barco! Los demás quedaron vacilantes; algunas cabezas se movieron en ritmo de perplejidad, y el Corregidor intervino:

-; Cállate, muchacho!

Sin embargo, el Prior mercedario se interpuso serenamente:

-¿Por qué, señor Corregidor?

-¿Cómo por qué?... El muchacho...

—Incendiar el barco. ¿Qué os parece. Capitán, Capitán de Medina?—agregó el religioso, volviéndose hacia el militar y sonriendo, como si se refiriera a un asunto baladí. — La idea no es del todo mala... Un hombre que se acerca a la nave, nadando en la noche... una mecha que se prende... Y ya tenemos a nuestros visitantes sin embarcación y desmoralizados por el desastre... a merced de nuestras tropas...

El Capitán golpeó el tablero con el puño:

—¡Excelente idea! Si es verdad que es difícil acercarse al barco con un bote cargado de soldados, es fácil, en cambio, llegar nadando hasta él. Lo más importante consiste en poder ganar tiempo, en entretener a los corsarios, de manera que no nos ataquen y nos permitan preparar y llevar a efecto nuestro plan.

—Opino en favor de la idea del Reverendo Padre Prior — dijo uno de los concejales.

Y yo también — agregó otro.
 El Corregidor se daba por vencido.

—Ya que la idea os parece buena — dijo — la pondremos en práctica. Yo pactaré con los corsarios un rescate por la ciudad. De esta manera ganaremos tiempo para incendiar el navío, según los planes que nos hagamos. Lo primero que se necesita es elegir al hombre que habrá de intentar la aventura.

-¡Yo!

Dos voces habían lanzado la sílaba a un mismo tiempo y con igual energía. Roberto y el Capitán de Medina se disputaban la empresa.

- —Yo tengo mi plan agregó el primero.
   Soy buen nadador y con ayuda de dos vejigas llenas de aire transportaré hasta el barco estopa y azufre. Lo de encender la mecha, será lo más fácil.
- —; Señor!—se interpuso de Medina—reelamo para mí... Esta empresa debe ser ejecutada por un militar...

El Gobernador permanecía silencioso. Los que lo conocían, sabían que la natural astucia y crueldad de aquel hombre buscaban el detalle que debía coronar el plan para hacerlo más nefasto.

- —Padre, dijo al fin, dirigiéndose al Prior ¿confiáis lo bastante en este muchacho como para entregarle la ejecución de tan peligrosa tentativa?
- Señor!... exclamó de nuevo el Capitán.

Pero Collarte no le permitió seguir.

—Capitán, sois demasiado útil frente a nuestras tropas, para que yo consienta en alejaros. Pensad que en el instante en que veamos arder el barco filibustero, deberemos atacar a Sharp hasta exterminar toda su gente. Tú, muchacho, — agregó, dirigiéndose a Roberto — dinos cómo procederías. Roberto no vaciló.

—Me comprometo, señor, — dijo — a dar buen fin a esta empresa. Soy resistente nadador. Ayudándome con vejigas llenas de aire, podré transportar los materiales necesarios para encender un fuego bajo la popa de la nave corsaria. En un minuto, todo el barco arderá. El éxito depende de la rapidez con que logre sorprender a los tripulantes.

Y agregó, con una sonrisa maligna que, a la verdad, hizo pésimo efecto en el alma mansa del Prior:

—Y para los corsarios que traten de ganar la orilla, el señor Capitán puede enviar algunos buenos arcabuceros.

La entrevista de Sharp con el Corregidor, para tratar acerca del rescate de La Serena. se efectuó en un sitio abierto del camino. El Capitán corsario concurrió acompañado de dos hombres, y don José Collarte, de tres. El corsario era un individuo alto, de facciones toscas y larga barba rojiza. Vestía ropas descuidadas. Su paso, que hacía golpearse la larga espada contra las altas botas de caña vuelta y todos sus ademanes revelaban al hombre habituado a la acción rápida, certero en sus movimientos. El Corregidor y sus amigos lo miraban con curiosidad a medida que se acercaba. Bartolomé Sharp tenía una fama bien ganada entre los Hermanos de la Costa. A oídos de todos los españoles, aun a los de Sud América, habían llegado ecos de aquel prestigio que seguía una ruta de sangre y destrucción.

Sharp avanzó, deteniéndose a poca distancia de los españoles.

—Señor, — dijo en difícil castellano, sacándose el sombrero de larga pluma y haciendo una tosca reverencia — quiero retirarme pacíficamente de esta ciudad, sin hacer daño alguno. Sólo deseo que se me pague como rescate la cantidad de cien mil pesos de a ocho reales.

Aunque el Corregidor no tenía el propósito de pagar rescate alguno, se sintió, sin embargo, aplastado por la importancia de la suma.

- —; Cien mil pesos de a ocho!...; La Serena es pobre, señor!...
- —Esa es la cantidad que he fijado como rescate de la ciudad — respondió el inglés, con flemática obstinación.

—¿Y si no pagáramos esa suma?

El corsario bajó la cabeza un instante y golpeó una piedrecilla del camino con la punta de su bota.

—Pasaría la ciudad a sangre y fuego respondió.

Un movimiento nervioso del Corregidor recibió la declaración. Dió algunos pasos atrás y consultó en voz baja con sus acompañantes: el Capitán de Medina y uno de los más viejos vecinos de La Serena.

- —¡Qué hacemos? Si no aceptamos, este bárbaro prenderá fuego a la ciudad.
- —¡Hay que aceptar, dijo de Medina hay que aceptar y llevar a buen fin nuestro proyecto!

Collarte volvió a encararse con el corsario:

- —Está bien; aceptamos pagar el rescate; pero necesitamos tiempo para reunir el dinero. ¿Podremos disponer de dos días?
- —; Bien! Esperaré dos días contestó Sharp. — Pero no olvidéis que los Hermanos de la Costa han vengado siempre todas las

traiciones. Si no tengo en mi poder el dinero, dentro de dos días, esta ciudad será arrasada.

Hizo un saludo con el sombrero y volvió la espalda, alejándose por el camino. El Corregidor contestó al saludo, pero se quedó en el mismo sitio.

—¡Vaya un bárbaro! — murmuró. — ¡Y qué malos presentimientos tengo! ¡Ese hombre será nuestra ruina!

Y los tres parlamentarios, oprimidos por el gesto del adversario, emprendieron el camino de regreso.

## VII

Nadaba sin esfuerzo, impulsándose con movimientos largos y sigilosos. Bajo las axilas pasaba la cuerda atada a las vejigas llenas de aire que le permitían mantener en seco el pedernal y una porción de materias inflamables. Iba con el cuerpo completamente desnudo, untado de grasa para resguardarse del frío. Cada movimiento era seguro y limpio como el de la fiera que se encamina hacia la presa.

La noche estaba oscura, con estrellas perdidas en la impiedad del cielo profundo. La nave filibustera, con todas sus luces apagadas, se denunciaba solamente por su masa sombría.

Roberto nadaba tranquilo, sin sentir el peligro. Estaba seguro del éxito, con una seguridad rotunda, más allá de todas las probabilidades, emanada solamente de su confianza en sí mismo.

Ningún rumor llegaba de la nave. El mar quieto, no ofrecía dificultades al nadador. Sin embargo, la cautela de sus movimientos hacía que el avance fuera lento. Casi pasó media hora hasta el instante en que se vió separado de la nave por unos veinte metros.

Se detuvo. Ni un movimiento, ni un rumor a bordo; pero él continuó acechando, buscando un resquicio en la sombra para recoger algún detalle. Cuando se cercioró de que su presencia no había sido notada en el navío, continuó nadando para detenerse de nuevo, pocos metros más allá, y reanudar su observación. Cada vez con mayor cautela, prosiguió su viaje.

—¡Vaya! — se dijo. — La aventura era más fácil de lo que yo creía.

De una larga brazada se puso a popa de la nave. Respiró con fuerza. Se sentía tranquilo, preocupado tan sólo de agudizar sus sentidos. Tocó el timón. Allí podía actuar con entera libertad, puesto que las coronaciones del castillo de popa lo ocultaban a las miradas de los tripulantes. Ciñendo con las piernas el maderamen del timón, se alzó atrayendo hacia sí el paquete que contenía las materias inflamables.

Sólo en ese momento sintió cierta ansiedad, como un leve peso sobre el corazón. Extendió los brazos para cerciorarse de si temblaba. ¡No! El pulso se mantenía firme. Entonces abrió la bolsa, extrajo la estopa y el azufre y los dispuso, resguardándolos del viento, debajo del espejo de popa. Luego cogió el pedernal y calculó la dirección y la fuerza del golpe. Quería no repetirlo. Su plan era arrojarse al mar apenas prendiera la estopa, y nadar entre dos aguas todo el tiempo que le fuera posible. De nuevo sintió que la inquietud ganaba en él, que los latidos de su cora-

zón se hacían más sordos. Esto le desconcertó por un segundo, y sólo con gran esfuerzo de voluntad pudo rehacerse. Bien seguro de que estaba sólidamente montado en el timón, de que el viento no podría apagar la mecha, de que su pulso no temblaba, dió el golpe. La llama surgió prendiendo en un instante la estopa y comunicándose al azufre. Una larga lengua roja se alzó en medio de espesa humareda.

El triunfo estaba logrado; pero antes de que Roberto se arrojara al mar, un coro de gritos estalló sobre su cabeza. Dos arcabuzazos rompieron la noche y numerosas luces empezaron a correr de un lado a otro sobre la cubierta de la nave incendiada.

De un salto Roberto se arrojó al agua. Sólo un milagro de rapidez podría salvarlo. Sumergiéndose, nadó a grandes brazadas, pero al instante, dos cuerpos se zambulleron cerca de él. Comprendió que la lumbre del incendio lo ponía en evidencia. Unió todos sus sentidos y todos sus músculos en un solo esfuerzo para alejarse.

Así pudo nadar un momento.

Pero cuando la necesidad de respirar lo obligó a emerger, cuatro poderosos brazos lo oprimieron. Luchó debatiéndose, golpeando con manos y pies, tratando de clavar sus dedos en los ojos de sus enemigos, pretendiendo ceñirlos hasta ahogarse con ellos. De súbito, un dolor agudo en la cabeza. La oscuridad y el silencio absolutos.

#### VIII

Recobró el conocimiento y al instante se dió cuenta de su situación. Estaba en la cubierta del barco filibustero, rodeado de hombres que lo sacudían brutalmente. Miró en torno suyo, y al aclararse su memoria buscó con ansiedad las huellas del incendio. No vió llamas, humo, nada. Había fracasado, y, sin sentir otra cosa que la humillación de su derrota, apretó el rostro contra las tablas de la cubierta y se echó a llorar. Uno de los hombres, inclinado sobre él, exclamó en castellano:

# —¡Está llorando el maldito!

En ese momento, los otros se apartaron, dejando sitio a un personaje bajo y robusto, de barba cenicienta, que arrastraba un largo espadón. Era Juan Watling, segundo en el "Ray of the South". Se aproximó, ordenando:

-Poned de pie a ese hombre!

Fué alzado. El Segundo lo examinó a tiempo que otro corsario aproximó un farol a su rostro, tanto, que sintió sobre los ojos el calor de la llama.

-¿Viniste solo? - interrogó el jefe.

-; Solo!

—¡Qué prefieres: que te cuelgue de una verga o que te haga arrojar al mar con una bala de cañón atada a los pies?

Roberto sentía una curiosa sensación de desdoblamiento. Como si otro hablara por él, respondió con tranquilidad:

- -Me da igual una cosa que otra.
- —Entonces, se te colgará primero, y luego, cuando aún estés vivo, se te arrojará al mar. Pero, de todos modos, es poco para un valiente como tú. Antes tendrás tu ración de azotes.

Roberto se hallaba ya por completo lúcido. Comprendió que sólo un golpe de audacia podría salvarlo.

—La Serena se encuentra sobre las armas — dijo con firmeza. — Seguramente, a estas horas vuestro Capitán y su gente son prisioneros de la guarnición. Mi muerte será castigada con la de todos ellos.

Watling permaneció silencioso, examinando al muchacho con serena curiosidad. Las amenazantes palabras no parecían haber hecho ningún efecto en él. Al cabo de un instante se apartó dando una orden breve, pero suficiente para hacer flaquear las piernas de Roberto:

-; Azotadlo! ¡Encerradlo!

Se levantó un tumulto salvaje. El prisionero fué sacudido violentamente y duros cordajes se incrustaron en su carne. En un segundo quedó oprimido contra el pie del palo mayor, y antes de que su atadura estuviera concluída, cayó sobre él el primer azote. La larga quemadura de la cuerda le cogió el vientre y el pecho. Se retorció aullando, mordiéndose los labios hasta despedazárselos. Sobre su piel crepitaban los azotes y en pocos momentos todo su cuerpo no fué sino una llaga que lo abrasaba desesperadamente.

La cabeza le cayó sobre el pecho. Antes de perder de nuevo el conocimiento, percibió el sabor acre de la sangre, que le llenaba la boca.

Sin embargo, era fuerte. Apenas cesaron los golpes, volvió en sí. Abrió los ojos. Todo el cuerpo le ardía. Un hombre se acercó a él, cuchillo en mano. De un solo golpe cortó las ataduras, y Roberto se desplomó sobre cubierta, golpeándose bárbaramente la cabeza sobre una argolla. El otro lo cogió por un brazo y arrastró el cuerpo, que dejaba sobre las tablas una ancha huella de sangre. A veces, Roberto se enredaba en cualquier obstáculo del camino y era desembarazado con un recio tirón. Al fin, se halló tendido sobre el piso de un oscuro y estrecho pañol, cuya escotilla se cerró con violencia.

Los miembros le pesaban tanto, que ni siquiera intentó moverse. El vago resplandor que se filtraba por las junturas de las maderas, se borró de súbito. Sharp y aquellos de los corsarios que no estaban encargados de vigilar a los soldados españoles para evitar una sorpresa, se detuvieron ante la puerta del Convento de la Merced. Habían recorrido ya la mayoría de las casas importantes de La Serena. Los carros que llevaban tras ellos, conducían todos los objetos valiosos que encontraron. El mismo Sharp levantó el pesado aldabón de la puerta mercedaria y lo dejó caer con fuerza. Nadie respondió. Esperaron todavía algunos momentos, y ya se disponían a arrojarse sobre las maderas para abrirlas a viva fuerza, cuando sintieron descorrer los cerrojos. El Padre Prior apareció en el umbral.

Al ver a los Hermanos de la Costa, se apartó, dejando libre la entrada. Sharp avanzó el primero; los demás lo imitaron sin violencia alguna. El religioso se acercó al Capitán.

—La profanación de esta casa — dijo con voz débil — puede acarrearos grandes fatalidades.

Sharp, sin mirarlo, respondió con un ademán brutal.

-Estoy solo; - continuó el Prior -- to-

dos los Hermanos han huído. Si debo morir, no me hagáis sufrir demasiado.

El corsario se volvió hacia él.

—Nadie ha hablado aquí de muerte — dijo bruscamente. — No hago sino cobrar por mí mismo el rescate que la ciudad se comprometió a pagarme. Después pensaré en qué forma debo vengar la traición que se me hizo ayer, al intentar el incendio de mi barco.

Y agregó, apartando al religioso con un rudo manotazo:

—Los Hermanos de la Costa saben vengarse.

El Prior volvió a acercarse, con una obstinación mansa y sufrida. Sus piernas apenas podían sostenerlo. Los ojos le brillaban, llenos de lágrimas. Paseó una mirada dolorosa por el grupo de corsarios. Luego, se dirigió de nuevo a Sharp:

—Señor, en nombre de lo que pueda haber sagrado para vos, decidme, ¿qué suerte ha corrido el hombre que intentó incendiar vuestra nave?

Sharp, que había continuado avanzando hacia el interior del convento, se detuvo sorprendido.

—¿Ese hombre? ¿Cuál es su suerte?

El religioso movió los labios sin poder articular una palabra.

—Ese hombre — respondió Sharp, -- está prisionero a bordo.

El Prior cayó de rodillas. Sus cortos y regordetes brazos ciñeron las piernas del corsario. —; Señor, señor! — gimió. — ; Perdonadle la vida! Nosotros... yo tuve la culpa... ¡Yo lo incité!... ¡Perdonadlo!

Sharp, sorprendido, dió un paso atrás, zafándose de las manos suplicantes. Miraba al religioso con curiosidad. Este intentó cogerse de nuevo a las botas del corsario, pero Sharp lo apartó sin violencia y gritó a su gente, que miraba la escena en silencio:

—¡Adelante! ¡Terminemos pronto; registren toda la iglesia y el convento!

Los Hermanos de la Costa avanzaron por el claustro, y el fraile quedó arrodillado, con el obeso cuerpo echado hacia adelante y el costro bañado por las lágrimas. El 6 de diciembre de 1680, La Serena ardía completamente. Los corsarios de Sharp castigaban así la traición de don José Collarte y el intento de incendiar su navío. En cada edificio, en cada choza, habían encendido una hoguera. Las llamas barrían el caserío, consumiendo el Cabildo con sus archivos, la Iglesia Mayor, el Convento e Iglesia de la Merced, el Convento de la Compañía de Jesús con su capilla, y la Ermita de Santa Lucía. Los Hermanos de la Costa, llevando en carretas todo cuanto habían encontrado de valor, se replegaban en buen orden hacia Coquimbo.

Don José Collarte, con todos los miembros del Cabildo y personajes de la ciudad, se había dado a la fuga. Los soldados se dispersaban sin reconocer jefes. Después de grandes esfuerzos, el Capitán de Medina logró reunir un grupo de jinetes, con los cuales intentó cortar la retirada a los filibusteros. La lucha fué corta y débil. Los españoles iniciaron un ataque temeroso, que los hombres de Sharp desbarataron con toda facilidad.

Al atardecer, el Capitán corsario y su Segundo, Juan Watling, acodados en el castillo del "Ray of the South", miraban alzarse en el cielo, de un azul desvanecido, las columnas de humo de la ciudad incendiada. El viento empujaba una sensación de triste dulzura a lo largo del litoral; el sol caía en grandes manchones sangrientos. Todo el paisaje entraba en la noche como un corazón en el duelo. Sharp, con el mentón apoyado en la mano, dijo:

- -¡Han pagado bien su traición!
- —¡Bien la han pagado! aprobó Watling.
- —Apenas terminemos de embarcar el botín, da orden de que pongan en tierra a todos los prisioneros que tenemos, los que hicimos aquí y los del Perú. ¿Para qué vamos a llevar gente inútil?
- —¿También al hombre que intentó incendiar el barco?

Sharp vaciló un momento.

—No; — respondió al fin — a ése déjalo a bordo. Quiero ver qué cara tiene el valentón. Llegó la noche cálida de verano sobre el mar inmóvil. Desde el navío se alzaba el coro de los filibusteros: ásperas voces en cuyo fondo dormía un resquemor de pólvora, de tragedia, de brutal embriaguez. Sharp dejaba a su gente el placer de la orgía para celebrar el éxito de la empresa. Aún se veía en la costa el resplandor de los incendios, próximos a extinguirse. Temblores luminosos corrían sobre el cielo profundo, y de los confines de la sombra avanzaba la infinita paz de aquella tranquila naturaleza.

Pero la cubierta del bergantín era una hoguera de embriaguez, de bárbara alegría. A la luz vacilante de los faroles colgaban rostros dibujados con salvajes contrastes de color, rostros partidos por largas cicatrices, ojos invectados por el ron y el desborde de los instintos. Grandes recipientes estaban abiertos; el licor corría sobre los amplios pechos y las hirsutas barbas; mojaba las empuñaduras de los espadones. Sonaban guitarras, y en el coro de las voces ásperas crepitaba la vieja canción filibustera: El mar devuelve los muertos que no ha querido guardar, ¡oh, oh, oh!, que no ha querido guardar... Y de muertos está llena toda la orilla del mar ¡oh, oh, oh!, toda la orilla del mar...

El ron y el sudor impregnaban la noche de humedad cálida, pesada, sensual.

Algunos hombres caían, empujados por el licor. Las luces danzantes de los faroles destacaban sombras y reflejos siniestros: brillo de armas, manchas de sangre fresca, dientes relampagueantes en estrepitosas risas.

De pronto, el tumulto creció, sacudiendo lo más profundo de la vasta noche marina. La mayoría de los corsarios se precipitó a estribor, atropellándose y golpeándose entre sí. Un aullido más agudo que los otros, un aullido de muerte, subió hacia el cielo. El tumulto se hacía ensordecedor, mientras un grupo mantenía todavía en alto la vieja canción:

...y de muertos está llena toda la orilla del mar...

En ese momento, Bartolomé Sharp y Juan Watling subieron a cubierta.

Los grupos de corsarios estampaban, a la luz de los faroles, dos colores de brutal fijeza: rojo y negro. Los dos jefes avanzaron entre sus hombres, apartando a empellones a los que les obstruían el camino. Llegaron hasta el centro de la orgía y allí descubrieron la razón del tumulto: una mujer, casi desnuda, era lanzada de mano en mano, entre los más ebrios. Blasfemias y golpes trataban de defender la presa para cada uno. En el momento en que los dos jefes llegaban hasta allí, la mujer era de un marinero gigantesco que, sosteniéndola en su brazo derecho, esgrimía la espada con la mano izquierda.

Sharp, seguido de Watling. se precipitó sobre él. El corsario alzó el espadón, pretendiendo que la mujer no le fuera arrebatada, pero estaba ebrio y apenas lograba soportar los empujones de los que lo asediaban. La voz de Sharp dominó el tumulto:

—¡Malditos! ¿Quién ha traído esta mujer a bordo? ¡He dicho que no quiero mujeres en el barco! ¡Mataré al que falte a mis órdenes!

El portugués Da Silva se adelantó.

-No es necesario, Sir - dijo.

Apartó algunos hombres que estaban a su lado, dejando ver un cuerpo tendido sobre la cubierta, con los brazos en cruz y un puñal clavado en el pecho.

—Fué Riley, Sir; él trajo a la muchacha. Sharp echó una mirada al cadáver; luego llamó:

- Dampier! ¿Dónde está Dampier?

Al cabo de un instante apareció un hombre de ademanes tranquilos, de expresión flemática y enérgica. Era, acaso, el único que no había bebido aquella noche.

Dampier — ordenó Sharp, — haz reco-

ger todo el ron. Encierra a los más borrachos. ¡Que se acabe este desorden!

Y volviéndose hacia el Segundo, agregó:

—Juan, ya sabes que zarparemos mañana con el alba; es necesario poner fin a esta orgía. Haz que den veinte azotes a esa mujer, y que la arrojen al mar.

El llamado Dampier se acercó.

—Capitán, la mujer no tiene culpa alguna; Riley la trajo a bordo a viva fuerza. Además, no resistirá veinte azotes.

El Capitán, sin mirarlo y cruzando la cubierta a grandes trancos, respondió:

—¡Veinte azotes y enciérrala luego, si no quieres echarla al mar!

La alta figura de Sharp se perdió hacia el castillo de popa. Watling y Dampier permanecieron un instante contemplando el tumulto. El vino continuaba corriendo y los cantos se alzaban pesadamente. La muchacha había quedado abandonada junto a un cabrestante; permanecía tendida en el suelo, inmóvil, con los ojos cerrados. Al resplandor de los faroles podía verse que era una niña, de rasgos finos, de cabellera rubia, y que los desgarrados vestidos que la cubrían estaban hechos de finas telas. Watling llamó a su lado a dos hombres, menos borrachos que el resto de la tripulación; dió algunas órdenes y los marineros arrastraron a la muchacha al pie del palo mayor, al cual la ataron con fuertes ligaduras. La muchacha entreabría penosamente los ojos y murmuraba palabras ininteligibles. Dampier no pudo reprimir su ansiedad.

—¿Para qué cometer estas crueldades inútiles? — dijo, encarándose con Watling. — ¿Cuál es la razón para castigar a esa mujer? El Segundo lo miró con benevolencia.

—¿La razón? — respondió. — La razón es la orden del Capitán. Yo no creo justo castigar a esa mujer, pero la ley de los Hermanos de la Costa ordena obedecer al jefe. Tú bien lo sabes... obedecer hasta que un consejo de la tripulación destituya al Capitán...

—Ya debiera efectuarse ese consejo. Esta orden es bárbara e inútil. El hombre que trajo a bordo a esa mujer, ha sido muerto. ¿Para qué más?

Watling puso una mano en el hombro de su interlocutor, con afectuoso ademán.

—Me doy cuenta de tus escrúpulos — dijo sonriendo. — Tú eres un sabio, un hombre de una casta muy distinta a la nuestra, y siempre me pregunto por qué extraña razón estás entre nosotros. Yo navego hace muchos años bajo la bandera de los Hermanos de la Costa, pero también siento repulsión por estas crueldades inútiles. La verdad es que no son habituales en el carácter de Sharp. Ya ves que hoy mismo ha hecho poner en libertad, sin hacerles daño alguno, a los prisioneros que capturamos en nuestro último crucero.

## -; Empezamos?

Era uno de los marineros que, látigo en mano, interrogaba. La muchacha había sido ya sólidamente amarrada al palo mayor. No había sido necesario quitarle los vestidos, de los que no quedaban sino escasos jirones. —Empieza — ordenó Watling.

Cuando el primer alarido de la mujer rasgó la noche, Dampier se apartó de allí, encaminándose al castillo de proa.

Otros gritos se alzaron, cargados de desesperación, estridentes, agudos. La piel de la azotada se manchaba de largas estrías rojas. Dampier, al alejarse hacia el castillo de proa, alcanzó a ver el blanco cuerpo martirizado y el corro de los filibusteros, que lo rodeaba cantando:

> El mar devuelve los muertos que no ha querido guardar, ¡oh, oh, oh!, que no ha querido guardar... Y de muertos está llena toda la orilla del mar, ¡oh, oh, oh!, toda la orilla del mar...

# IIX

Desde su encierro, Roberto escuchaba el tumulto de la cubierta. La necesidad de respirar lo hacía mantener la boca pegada a las rendijas de la escotilla. Un ambiente pesado, acre, le apretaba el pecho. Sobre las caderas y el vientre, los azotes habíanle arrancado la piel, de manera que cualquiera rozadura le hacía lanzar gemidos. Hambriento, muerto de sed, olvidado por los corsarios, que apenas el día anterior habíanle dado un jarro de agua, Roberto acechaba el tumulto de la cubierta, bebiendo ávidamente las gotas de aire que se filtraban por las junturas de las maderas.

De pronto, la escotilla se abrió. La luz de una linterna recortó sombras de ángulos gigantescos. Pudo ver un cuerpo blanco, casi luminoso, que caía a su lado. Iba a gritar. pidiendo agua, pero la escotilla volvió a cerrarse. Sin embargo, le bastó aquello para sentir el aire un poco renovado. Quedó inmóvil, calculando hacia dónde había caído el cuerpo del otro prisionero.

Aún se oía el tumulto de afuera. A los pocos momentos, el calor volvió a hacerse insoportable. Roberto sentía que los labios resecos le quemaban más que las heridas. Como percibiera unos pasos al otro lado de la pared, golpeó las maderas; pero los pasos se alejaron y comprendió que los corsarios lo habían olvidado por completo.

De súbito, un débil gemido se dejó oir en la oscuridad. Roberto se incorporó.

—¡Eh, tú!... — dijo. — ¡Dónde estás? ¡Quién eres?

Un nuevo gemido se alzó cerca de él. ¿Sería algún soldado español, prisionero de los corsarios, o algún corsario herido? Quedó inmóvil, esperando alguna palabra, pero no percibió nada, sino una débil respiración. A pesar del dolor de sus heridas, fué arrastrándose hasta el sitio donde debía estar el otro. Estiró una mano y se quedó inmóvil, estupefacto. Acababa de tocar una piel suave, una forma redonda y tersa: una mujer.

Apenas, Roberto, podía reunir sus ideas. La cabeza le pesaba de una manera espantosa. Sin embargo, hizo un esfuerzo y tanteó en la oscuridad. Los dedos se le enredaron en una espesa y larga cabellera; de nuevo tocaron la tersa piel humedecida. La mujer volvió a gemir. Roberto se dió cuenta de que aquella humedad de la piel era sangre. Se aproximó más, inclinándose.

—¡Quién eres? — interrogó. — ¡Estás herida?

La mujer no hacía sino gemir. Un olor a sudor y a sangre se unió al pesado olor del encierro. Roberto, apartándose del cuerpo desconocido, se apoyó en el maderamen de la escotilla, por la cual se filtraba una débil frescura.

Al cabo de pocos minutos, la falta de aire le pareció más insoportable que antes. Creyó percibir vapores de alcohol en los hilos de frescura que llegaban hasta él. Alcanzaba a oír, entrecortados, los cantos y gritos de los corsarios sobre cubierta. El sudor le bañaba la frente, el golpe de la sangre en todas sus arterias, le repercutía dolorosamente en el cerebro. Sentía toda la noche, húmeda, cálida, pegada sobre su piel misma. Trató de distinguir el cuerpo de la mujer, pero la oscuridad era demasiado profunda.

Se encaminó entonces, a gatas, hasta hundir su mano en la cabellera desparramada. Volvió a preguntar:

-¿Quién eres? ¿Estás herida?

La mujer no contestó. Roberto, inclinado sobre ella, aspiró el vaho de la sangre y también un delicado olor femenino, que por un instante pareció dominar todos los otros olores del encierro. Se inclinó más, sin sentir las mordeduras de las heridas. El corazón le golpeaba duramente el pecho, y a sus labios acudieron palabras entrecortadas. Oprimió su rostro contra la suelta cabellera y rodeó con sus brazos el cuerpo casi desnudo.

Acaso la mujer volvía ya de su desmayo, pues agitó débilmente la cabeza. El la inmovilizó de nuevo, oprimiéndole la boca con sus labios. La mujer empezó a gemir largamente, pero Roberto ya no la escuchó.

### XIII

El primer temblor luminoso que corrió sobre el mar, halló a los corsarios de Sharp trepados a las gavias, despejando el entrepuente, donde habían acumulado los objetos obtenidos en el saqueo de La Serena, haciendo girar los cabrestantes al compás de sus ásperas canciones.

El "Ray of the South" se disponía a zarpar. Pero no eran bastante para ensombrecer el inocente rostro de la mañana, ni los cantos de los corsarios, ni la línea esbelta de la nave, que denunciaba así su misión de destrucción y muerte. El sol irisaba las aguas y sembraba de círculos dorados el azul limpio de las olas; el horizonte se dibujaba más claro a cada instante, como un arco que mantenía tersa aquella liviana sensación de frescura.

En el puente, Watling gritaba sus órdenes, y los corsarios se multiplicaban en torno a las maniobras. De lo alto de los masteleros llegaban cantos y juramentos que iban en busca de los que surgían de la cala. Semi desnudos o cubiertos de ricos vestidos descuidados, aquellos hombres se agitaban en bulliciosa actividad.

Guillermo Dampier se acercó al Segundo

Dampier había de ser famoso más tarde en Inglaterra, por sus escritos de navegación y por sus crónicas de las expediciones filibusteras. Habíase enrolado en la expedición de Sharp a los Mares del Sur, tanto por espíritu de investigación científica como por amor a la aventura, pero, al fin de cuentas, resultaba un corsario de buena cepa. Watling lo había hecho su hombre de confianza, aunque Dampier tenía a bordo un grado de inferior categoría.

Era de mediana estatura, robusto y de facciones enérgicas, con expresión de bondadosa inteligencia. Watling, a su lado, aparecía como un hombre rudo y primitivo. Mientras éste llevaba al cinto su espadón y sus dos grandes pistolas, Dampier sólo estaba armado de un corto puñal.

El Segundo lo saludó:

—Hola, Dampier, ¿has cumplido con los prisioneros las órdenes del Capitán?

Dampier no respondió. Con los brazos abiertos y la cabeza echada hacia atrás, respiraba el aire puro de la mañana.

- —Sí contestó, cuando pareció haber satisfecho sus pulmones. Los prisioneros están donde deben estar, pero...; qué aire más delicioso, qué mañana más agradable! ...
- —El mismo aire de todas partes replicó Watling.
- —¡El mismo? No, nada de eso. Ya estaba achicharrándome en el Trópico. y este aire fresco me da nueva vida. Recuerda, Watling, que yo no he dejado de ser inglés.
  - -Y yo tampoco contestó vivamente el

Segundo. — Soy inglés, ¡por San Jorge!; pero un inglés con la piel demasiado curtida. Creo que cuando me halle en el infierno, el calor de allí no me hará más efecto que el de Panamá.

- —A mí no me pasa lo mismo. El calor me molesta y ya voy sintiendo la necesidad de escuchar la lluvia sobre los tejados de Londres y beberme mi brandy en la taberna del viejo Bill Trevor, allí donde la niebla se mete bajo la mesa y le cosquillea la garganta hasta al cocinero, que está en el subterráneo.
- —¿Y tienes plena confianza en que velverás a Inglaterra, Dampier? ¿No crees que te pueden matar en uno de nuestros combates?

Dampier se echó a reír.

—No, — respondió — no creo que moriré en estos países del demonio. Debo volver a Londres, y volveré. Tengo muchas cosas que enseñar a los papanatas de Europa, y además, ¿no debo escribir allí las hazañas de los valientes Hermanos de la Costa? ¡No debo relatar en un libro todas las proezas de los caballeros de la Tortuga? El mundo no puede ignorar las gloriosas aventuras de un Morgan, de un Sharp, de un Watling.

Hablaba jocosamente, pero en su voz había cierto tono grave que desconcertó a Watling. Siempre, con Dampier le ocurría cosa parecida: no sabía cuándo se burlaba, cuando hablaba en serio.

—¡Trueno de Dios! — gruñó al fin el Segundo. — ¡Quién te ha dicho a ti que nosotros peleamos para que el mundo se entere de nues-

tras luchas? ¿Qué les podría importar a Morgan o a Sharp que los viejos de Londres se preocupen de ellos? Nosotros peleamos por tener dinero, por tener mujeres y por ser siempre libres. Cuando tú escribas nuestras hazañas en Londres, nosotros ya estaremos en el fondo del mar, y nuestras calaveras se reirán de ti y de todos los que lean tus papelotes...

En ese momento, Bartolomé Sharp subía al puente. El Capitán venía con la cabeza descubierta, los rojos cabellos revueltos, la camisa abierta sobre el pecho. Era un hombre de gestos violentos y de mirada brillante y dura. Watling lo saludó, poniéndose a sotavento del Capitán, como lo exigía la etiqueta de los buques británicos.

—Sólo esperamos tus órdenes para zarpar — dijo, dándole el tratamiento familiar que le autorizaba una vieja amistad.

Sharp paseó una mirada escrutadora a lo largo de la nave. Miró atentamente el aparejo y siguió el trabajo de los hombres que se agitaban en la cubierta y en la arboladura. Pareció satisfecho de su inspección.

—Zarparemos inmediatamente — dijo. — Pondremos proa a Juan Fernández. ¿No es eso lo acordado? Ordena la maniobra, Watling, y dejemos pronto esta maldita costa.

Watling se alejó. Dampier iba a seguirlo, pero Sharp lo retuvo:

- —Dampier. ¿Qué has hecho de los prisioneros?
- —Están encerrados, conforme a vuestras ordenes, Sir. La mujer se encuentra en un es-

tado pésimo. Como os hice notar, veinte azotes eran demasiados para una muchacha como ella. El hombre está bien. Es vigoroso y valiente.

- —Pueda ser que nos sirva como guía en estas costas. Habla con él, y si es inteligente y conocedor de estos parajes, lo llevaremos como piloto.
- -Está bien, Capitán. ¿Y la mujer? Necesita cuidado...
- —El mar puede aún recibir otro cadáver, ¿no crees así, Dampier?...
- —Así lo creo, Sir; pero el cadáver de una muchacha, de una prisionera, no es una gloria para los Hermanos de la Costa.
- —Sin embargo, creo que será necesario deshacerse de ella.

Watling se había acercado de nuevo a Sharp y había oído las últimas palabras.

—Creo—dijo el Segundo—que, como dice Dampier, es necesario cuidar a la prisionera; no dejarla morir como a un perro.

Sharp clavó la mirada en el rostro de Watling. Los ojos fríos del Capitán se encendieron con un lejano brillo de burla.

—¡Ah, Juan!,—exclamó—. Si no supiera que eres un viejo corsario, lo cual es algo peor que ser un viejo demonio, temería que te enamoraras de la prisionera. Me pareció notar que era bonita...Por lo menos un cuerpo muy blanco, un cuerpo terso y esbelto... una cabellera muy rubia... ¿Y los ojos? ¡Son también bonitos?...

Watling masculló una risa cascada.

—No; ¡por vida del diablo! No me enamoraré de la prisionera, pero creo necesario mantener algunos rehenes a bordo. ¡Quién sabe qué nos espera en este maldito crucero! En cuanto al hombre, nos servirá como guía...

Sharp pensó un instante.

—Bueno, de cualquiera manera, ya no es tiempo de desembarcar a los prisioneros. ¡Zarpemos cuanto antes!

El velamen había sido desplegado. Un grupo de corsarios esperaba la orden junto al cabrestante del ancla. Buena brisa de tierra prometía una maniobra fácil para abandonar la rada.

Watling haciendo portavoz con la mano, gritó:

—¡Eh, del ancla! ¡Iza! ¡Timonel, caña a babor!

### XIV

Roberto despertó penosamente. Desde horas atrás, en su agitado sueño, trabajaba ya la idea del peligro, y el latigazo del dolor quemaba su carne. Pero romper el cerco de su embotamiento, reunir sus ideas, le costó un trabajo enorme.

Por fin logró incorporarse y abrir los ojos. Una claridad cenicienta le permitía ver todo el espacio de su encierro. Era un lugar estrecho, donde un hombre de mediana estatura no habría podido ponerse en pie. El suelo aparecía húmedo, las paredes sucias; un olor putrefacto infestaba el ambiente. En un rincón se amontonaban algunos cabos. Roberto se acercó a ellos y, al tocarlos, notó que estaban podridos.

Estaba solo en el encierro. La mujer había desaparecido. ¿La mujer? Le parecía una pesadilla de la noche última... Se tocó el rostro creyendo encontrar alguna huella. Confusamente recordaba la humedad de la boca femenina y también la sensación de sangre que llegaba a sus labios. Pero la mujer había desaparecido y no supo si la sangre que sus dedos recogían en su rostro era suya o de la mujer misteriosa.

Sobre los cabos podridos apoyó el rostro, contento de encontrar frescura. Trató de pensar. La mujer había existido, seguramente. Había tenido en sus brazos aquel cuerpo inerte; junto a su oído había sonado un débil sollozo. No podía dudar de todo eso. Ahora tenía la sensación de ahogo que lo había atormentado en aquel encierro la noche pasada; volvía a escuchar los cantos de los tripulantes en la cubierta; veía de nuevo la escotilla que se abría y el cuerpo blanco de la mujer cayendo a su lado con un ruido sordo.

Pero sus pensamientos se dispersaban... El convento, el Padre Prior, la noche profunda, y él nadando hacia la nave filibustera... A medida que se aclaraban sus recuerdos, más extraño le parecía todo, como si estuviera recordando aventuras ajenas, cosas que él nunca pensó ni realizó.

Sin embargo, la rabia de su impotencia, el resquemor de su fracaso, lo fué invadiendo bien pronto.

—¡Maldita suerte, maldita suerte! Ahora ya no tengo esperanza!...

Y sólo entonces se preguntó, asombrado de no haber pensado antes en ello:

-¿Me matarán? ¿Qué harán conmigo?

La desesperación empezaba de nuevo a apoderarse de él. Se arrastró hacia la puerta del encierro y puso el oído, al tiempo que clavaba las uñas en la palma de su mano y se mordía los labios furiosamente.

—¡Maldita suerte!—repitió. ¡Estoy perdido! En ese momento creyó oír unos pasos en el exterior. Volvió a tenderse en el suelo. Le parecía que su ansiosa respiración hacía un ruido enorme. La escotilla se abrió.

—¡Eh!—dijo una voz.

Roberto no pudo contestar. Sentía la lengua trabada, seca, como pegada al paladar.

Dampier, que era quien llamaba, avanzó. Sus ojos, deslumbrados por la claridad exterior, nada distinguían.

-¡Prisionero!-volvió a gritar.

—¡Aquí estoy!—respondió Roberto, articulando apenas las palabras.

-; Sal fuera!

El muchacho se arrastró y se puso de pie. El cuerpo le abrasaba de dolor, pero hizo un esfuerzo hasta lograr dominarse.

—¿Cómo te llamas?—preguntó Dampier en un castellano bastante claro.

-Roberto de Guzmán.

—Bien, Roberto de Guzmán; el Capitán Sharp, jefe de esta expedición, ha resuelto perdonarte la vida y conservarte en rehenes. Te advierto desde luego que a la menor intentona de traición serás ahorcado. ¿ Comprendes?

Roberto hizo un signo afirmativo con la cabeza.

Dampier observaba atentamente al prisionero. Acercándose a él examinó prolijamente una ancha herida en el hombro y que aún sangraba.

-¡Me muero de sed!-exclamó Roberto,

sintiendo que no iba a poder mantenerse más tiempo erguido.

El corsario le pasó el brazo derecho por la cintura y lo ayudó a avanzar a lo largo de un estrecho pasadizo, al fin del cual empujó la puerta de una cabina. Dentro había una litera con algunas ropas arrojadas en desorden sobre ella. Tendió allí al herido y salió. A los pocos momentos estaba de nuevo junto a él. Roberto, que a cada instante perdía fuerzas hasta el extremo de que apenas podía abrir los ojos, sintió que un vaso de agua fresca se acercaba a sus labios. Bebió ávidamente y dejó caer la cabeza satisfecha sobre las blandas ropas de la cama.

Dampier, aproximando un recipiente y un montón de lienzos, empezó a lavar y a vendar las heridas que los azotes habían abierto la noche anterior. Débiles vientos empujaron la nave a su salida de Coquimbo. Pero no había prisa. ¿Para qué? Juan Fernández era un lugar de reposo y aquel flojo crucero por las costas de Chile no había fatigado a los corsarios. Muchos de ellos estuvieron con Morgan en el asalto de Panamá y ahora, mirando hacia la costa, escupían desdeñosamente.

—¡Mierda! ¿Cuándo entraremos en verdadero combate?

-¡Nos comerán los piojos!

Van Vogen, llamado el Negro, porque su rostro había sido abrasado por la pólvora, replicó:

—¡Y mierda para el Capitán que nos trajo!

Algunos, los menos, defendieron a Sharp. Otros, indiferentes, echados sobre las lonas y los montones de cabos, miraban el mar o raspaban con sus cuchillos, la suciedad de las maderas.

Entre ellos el espadón de Watling pasó dejando su golpeteo arrogante.

El Segundo penetró a la cámara de Sharp. Este lo recibió agriamente:

-¿Siguen descontentos esos perros?

-Sí.

-¿Y qué quieren?

Watling se encogió de hombros.

- —Que sé yo... ¡Botín, combates!... La mayoría de los hombres preferiría estar en la Tortuga con buenas mujeres y buen vino.
- —¡El diablo cargue con ellos! ¿Y quién hubiera podido llevar esta campaña mejor que yo? ¿Tú, acaso?

Watling, indiferente, se acercó a la porta y miró al mar.

—Bien sabes— respondió con lentitud — que no tengo ambiciones de mando. Soy tu amigo y tu Segundo.

Pero la irritación de Sharp no cejaba.

—; No me importa que tú u otro tome el mando! Pero que no se me culpe de esta expedición. A nadie traje por la fuerza. A todos los que han venido conmigo se los comían los piojos en el Caribe. Aún es tiempo de hacer algo. Después de avituallarnos en Juan Fernández, pondremos proa al Norte y atacaremos Iquique y Arica.

Dampier penetró a la cámara.

—Capitán, he dado a la prisionera todas las ropas de mujer que teníamos a bordo y la he traído para que la interroguéis:

Sharp. lo rechazó.

-¡Al demonio tú y tu prisionera!

—Es mejor—intervino Watling—que veamos pronto a esa mujer. Acaso sus indicaciones puedan servirnos de algo.

El Capitán echó a su Segundo una mirada sarcástica por encima del hombro.

-- Está bien; tú mandas aquí.

La prisionera entró. Era una muchacha esbelta, rubia. Sus ojos azules iluminados de una desesperada energía, escrutaron la habitación y sus ocupantes.

Los dos jefes la miraron estupefactos. Watling la interrogó en castellano.

-¿No eres española?

—Mi madre lo era; mi padre nació en Inglaterra.

La voz era clara y saltaba sobre su inquietud con una agilidad resuelta.

-¿En Inglaterra?

—Sí, me llamo Emilia O'Sullivan Larra. Sharp soltó una blasfemia.

—Si no hubiera muerto el perro que la trajo a bordo, lo haría colgar de una verga.

El esfuerzo de la muchacha se le hacía imposible. Inclinó la cabeza y rompió a llorar.

-: Me han azotado, me han herido!...

Se que jaba como una niña pequeña, y por primera vez Sharp y Watling estaban confusos ante un dolor humano.

Sharp se acercó y puso su mano blandamente sobre la cabellera rubia.

—No llores más. A bordo de este barco nadie volverá a tocarte. Estarás segura, tan protegida como en tu propia casa. Apenas volvamos al continente te desembarcaremos y podrás volver con tu familia. ¡Eres inglesa!

La prisionera llevó a sus ojos un pequeño pañuelo y alzó el rostro. En la profundidad de sus pupilas, detrás de las lágrimas, detrás del recelo, pareció despertarse una luz alegre, como un fuego loco y caprichoso. Acaso vagamente los dos hombres plantados frente a ella, los dos hombres que tan poco sabían del alma de las mujeres, presintieron que en aquella niña atemorizada estaba agazapada la voluntad dominante de la hembra, el poderío misterioso del sexo.

Por un instante se miraron frente a frente los jefes corsarios y la prisionera.

Y cuando ella salió hubo un largo silencio en la cámara del Capitán Sharp. Sharp, cada vez más parapetado en su altivo descontento, opuesto al descontento de la tripulación, no quiso interrogar a Roberto. Ni siquiera verlo. Watling se entendió con él.

Y se entendió fácilmente.

- —Para prisionero— dijo el muchacho tengo la piel demasiado delicada. Ya veis la huella que me han dejado los azotes... Prefiero ser corsario.
- —Está bien, lo seras; pero te tendremos siempre la vista encima. Si ahora traicionas a los españoles, más tarde puedes traicionarnos a nosotros.

Roberto se volvió con ira.

—¡Traicionar?¡Yo no traiciono a nadie! He luchado contra vosotros, no por amor a los españoles. Soy nacido en América y nada me sujeta a ellos. He luchado a su favor porque me gusta la pelea. Lo mismo lucharé de parte de los Hermanos de la Costa.

Desde el fondo de su lejana, turbulenta juventud de piratería, el marino respondió con una voz cálida de cordialidad:

-Está bien.

Habían hablado en el castillo de popa, y

cuando Watling se alejó, Roberto ya estaba animado de un orgullo feliz. Con los brazos extendidos y el ancho pecho desnudo, aspiró glotonamente el aire salado. ¡La aventura iba bien, bien como la nave pirata en su ruta azul del Pacífico!

Ya conocía a muchos de sus nuevos compañeros. Unos le miraban con indiferencia, otros, como Rickson, "El Caimán" (su boca había sido elegantemente prolongada de un golpe de sable) le hablaban de su batallas y de esa mujer, siempre la misma, que el marino no alcanza a poseer en la más inolvidable de todas sus escalas.

La enorme sombra del velamen corría a sotavento sobre el azul cobalto florido de espuma. Tiempo hacía ya que la costa chilena había desaparecido. Roberto estaba de nuevo entregado a la voluntad secreta del mar.

Ni por un momento recordó el claustro de los mercedarios, el patio oloroso a claveles, ni las largas siestas del estío en lo alto de la torre. El viento recio que le alborotaba los cabellos, la cubierta que vibraba bajo sus pies como una cosa viva, el oleaje que corría deshaciéndose hacia popa, le entregaban a un tiempo fuego y laxitud.

Examinó atentamente el aparejo. Todas las velas estaban bien tensas. De cuando en cuando, alguna se quebraba, suelta, y súbitamente volvía a henchirse con el estampido de un cañonazo.

Una pequeña nube blanca corría debajo del juanete del palo mayor. Mirándola, atisbando su juego infantil, Roberto terminó por quedarse dormido.

## XVII

El aspecto de los corsarios difería bastante del de los marineros españoles. Estos eran, desde luego, mucho más sucios que aquéllos. Roberto admiraba sus viejos pañuelos atados a la cabeza, sus alones sombreros desgarrados, sus trajes donde la sangre y el alquitrán pintaban una geografía pintoresca. Y sobre todo sus armas. Los anchos cuchillos, los brillantes espadones y las hachas que en Maracaibo, en Panamá, en tantos sitios, se habían ilustrado con el escarlata enemigo.

Roberto se vistió como ellos y, como ellos, tuvo su puñal y su canción. Las dos cosas que bastan a un nombre de músculos sólidos.

Y otra noche más cayó sobre el Pacífico, una noche sujeta al Oeste en el enorme y amarillento gancho de la media luna.

Roberto atravesó el entrepuente y trepó al castillo de popa, en busca de su nuevo amigo, Ringrose, otro de los corsarios, que se interesaba incansablemente por oír relatar las costumbres de Chile y las características del país.

De pronto se detuvo. Acababa de deseubrir una figura blanca, apoyada en la borda, mirando el mar. ¿Sería la mujer a quien poseyó la noche del encierro? No había nadie allí cerca y cautelosamente el muchacho pudo aproximarse.

Ella se volvió al sentirlo llegar. Roberto vió su rostro pálido, el brillo de sus ojos profundos y el halo dorado de la cabellera. Continuó acercándose. Sabía que la presencia de mujeres no era común en los barcos corsarios. Esta no podía ser otra que la misma que había sido suya.

Frente a frente se miraron sin reconocerse, puesto que la oscuridad no les había dejado ver sus rostros en la sucia mazmorra. Roberto tenía casi la certidumbre de quién era ella. La mujer, indiferente, no hizo ningún movimiento para alejarse cuando el muchacho llegó a su lado.

El se apoyó también contra la borda, de espalda al mar. En la transparencia de la noche, la mujer aparecía más fina, más ligera, con sus cabellos rubios y su traje blanco sacudidos por la fresca brisa. Roberto aspiraba un sutil perfume que venía de esa figura tan abandonada, tan sumisa en apariencia, como la halló en la noche inolvidable.

Y de súbito, algo extraño le golpeó el pecho. Una especie de angustia, algo que le subía a la garganta y le apretaba hasta que los ojos se le nublaron. Vertiginosamente, tuvo la sensación de otras noches en que la polvareda de la luna brillaba como en ese instante, y en que la tierra, el cielo, el mar y hasta el tiempo olían a mujer y a deseo.

Se sintió arrastrado a latigazos de su propia sangre, y cuando estuvo rozando a la mujer, habló:

—Soy un prisionero... fuí hecho prisionero en La Serena... ¡Y tú?

Le pareció que la mujer no habría podido entender sus palabras. De tal manera su voz era sorda y balbuciente.

Pero ella le respondía ya, clavándole su larga mirada:

—; De La Serena?... Yo también fuí aprisionada allí.

El brazo de Roberto rozaba el de la mujer. Siguió él hablando, temeroso de hacer inútiles los minutos:

—Fuí hecho prisionero cuando quise incendiar este buque por orden del Corregidor Collarte... Me han perdonado la vida para que sirva de guía a la expedición. Me llamo Roberto... Roberto de Guzmán.

La muchacha no respondió esta vez. Acaso la presión sobre el brazo se había hecho demasiado ruda. Se apartó con lentitud. Roberto la interrogó ansiosamente:

-¿Crees que miento?

Ella siguió callada. La angustia de él crecía como ante algo inminente.

- —¿Cómo te llamas?—preguntó al fin con voz débil.
  - -Emilia.
  - —Emilia—repitió él.

Echó en torno una mirada recelosa. No se acercaba nadie. Aspiró profundamente el olor salino de la brisa y el perfume sutil de la mujer. Luego, incapaz ya de contener el hervor de la sangre, cogió violentamente las manos de ella y habló casi a su oído:

—; Recuerdas esa noche... el encierro? Yo estaba herido como tú...; Recuerdas?

La mujer hizo un gesto espantado, pero no gritó. Trató de desasir sus manos y de retroceder.

—¡No, no te vayas!—dijo él con un tono de súplica pueril.

Ella, lentamente, resueltamente, retrocedía, sacudiendo las muñecas. Entonces Roberto la soltó. Pero sólo por un segundo. Mañosamente, la cogió por la cintura y su boca buscó la entreabierta boca que no gritaba.

—¡Recuerdas esa noche?... La sangre... el encierro... tu cuerpo desnudo...

La oprimió con brutalidad. Sus dientes chocaron con los dientes de ella y las manos buscaron ciegamente las piernas y los senos. La mujer no se defendía ya. Como la noche de la mazmorra, se abandonaba, pero esta vez sin gemir.

El iba a arrojarla sobre un montón de cables cuando advirtió que alguien se aproximaba. La soltó y se echó atrás, ocultándose a la sombra de un cabrestante. La mujer vaciló, pero sólo un segundo. Cuando Roberto volvió a mirarla, la vió apoyada contra la borda, contemplando el mar, tranquila como en el momento que él llegara.

La persona que se aproximaba entró en la claridad de la luna. Era Watling. El Segundo y la mujer hablaron algunas palabras que Roberto no pudo oír. Luego ambos se alejaron juntos hacia la puerta de la cámara.

## XVIII

La navegación de La Serena a Juan Fernández duró dieciocho días. El 25 de diciembre los corsarios echaron ancla en la bahía de San Juan Bautista (1). Una tarde, el Segundo, al volver de tierra, tomó de su camarote una botella de ron de Jamaica y se encaminó a la cámara de Sharp.

Bartolomé Sharp estaba tendido en su litera, desnudo de medio cuerpo para arriba, fumando una pipa de tubo larguísimo. No hizo ningún movimiento al oír que la puerta se abría;

—¡Hola!—dijo Watling dejando la botella sobre la mesa—vengo a conversar un poco contigo.

—¡A conversar con tu prisionero? — interrogó el otro con sorna, sin abandonar su actitud perezosa — ¡Tienes buen corazón, Juan!

—No; — respondió Watling flemáticamente — no se trata de eso. Estoy harto de esta situación. No quiero que continúes como prisionero a bordo de esta nave y exijo que acates la ley de los Hermanos de la Costa.

Bautizada con el nombre de Cumberland en 1740, por Lord Anson.

Sharp se levantó. Los músculos de sus brazos jugaron vivamente bajo la tostada piel.

— Siempre he cumplido con nuestra ley! —repuso.

Watling llenó su vaso de ron.

—Pero ahora te rebelas a ella. Bien sabes que yo no tengo ambiciones de mando. Pero la situación es clara: la tripulación está descontenta de ti. Has sido demasiado ambicioso en el reparto de las presas, y además —y de esto tiene la culpa la fatalidad más que tú—has estado desacertado en esta campaña.

Sharp bebió su vaso. Sin abandonar el tono sarcástico, repuso:

- —¡Y por eso los Hermanos de la Costa me deponen del mando!...¡He reunido una tripulación leal, no cabe duda!
- —Los Hermanos de la Costa son leales, antes que todo, con la ley. Esta ley autoriza a deponer al Capitán si toda la tripulación está de acuerdo...
- —Ya lo sé y así ha ocurrido. ¿Qué más quieres? Ahora tú eres el jefe de la expedición. Supongo que todos estarán contentos.

Watling se paseaba a largos trancos por la cabina.

-Yo no-repuso.

El otro lo miro con fingida sorpresa.

- -¿Tú no? ¿Quieres más todavía? ¿Quieres mi muerte?
- —Eres torpe y testarudo—exclamó Watling, molesto. Bien sabes que te quiero y que siempre te he respetado como jefe. Si no

hubiera mediado la decisión de todos los corsarios, no habría tomado el mando del barco.

Sharp pareció ablandarse un poco.

—¡Bien, bien!—refunfuñó.—Tal vez nada de esto hubiera pasado si no tuviéramos a bordo a esos malditos prisioneros que tú proteges. ¡Qué gracioso es ver a un corsario enamorarse de una prisionera!

Watling interrumpió su paseo y, detenido frente a Sharp, lanzó una sonora carcajada.

—¡Por el diablo! ¡Enamorado yo de la prisionera? ¡Qué estupidez! No estoy enamorado, pero bien sabes que soy enemigo de las crueldades inútiles, ejecutadas a sangre fría. Yo mismo, cumpliendo tus órdenes, mandé azotar a la muchacha la noche que la trajeron al barco; pero ahogarla, arrojarla al mar por un capricho, eso no. Además, bien sabes que es inglesa.

—Tú hablas de la ley de los Hermanos de la Costa — replicó Sharp con obstinación. — ¿Dice esa ley que deben navegar mujeres a bordo de una nave corsaria? ¿Dice la ley que los filibusteros deben mantener a su Capitán encerrado como un conejo en un agujero?

—Yo he procedido conforme a la ley, Sharp; yo no he amotinado a la tripulación para quitarte el mando. La tripulación deliberó y acordó deponerte. La verdad es que la gente no te quiere. Ni los mejores hombres, como Dampier, Lionel Wafer y Ringrose, te juzgan bien. En cuanto a la muchacha, ella no está a bordo por su voluntad ni porque ringuno de nosotros la haya traído.

—¿Y el muchacho? Ese sí que está por su gusto, ¿verdad?

Watling quedó un momento silencioso. Luego se echó a reír.

—¡Quieres exasperarme, Sharp, pero no lo conseguirás! Bien sabes que el muchacho será empleado como guía en nuestros próximos ataques. Puede sernos más útil a bordo que en el otro mundo. ¿Para qué discutir?

Sharp se rió a su vez, llenando de nuevo la copa; pero se advertía que lo hacía sin espontaneidad y que pesaba en él un oscuro rencor.

—¡Bien está! — dijo. — Acato la ley de los corsarios. Soy tu subordinado. Pero dime, Watling, ¿cuáles son tus planes?

—Volver al Continente; atacar Iquique, Arica y, si es posible, Valparaíso.

-El barco...

Sharp se interrumpió. Dos golpes sonaron en la puerta.

-; Adelante! - gritó Watling. Ringrose apareció en el umbral.

—Capitán, tres naves españolas están frente a la isla.

Watling dió un salto precipitándose hacia la puerta. Sharp dejó el vaso sobre la mesa, tomó la pipa y volvió a tenderse en la litera.

— Juan, — gritó burlonamente — si hay fiesta y me necesitas, ya sabes donde encontrarme!

# XIX

En el puente, Juan Watling, rodeado de sus hombres de confianza, Guillermo Dampier, Ringrose y el cirujano Lionel Wafer, observaba a los tres navíos españoles. ya muy próximos. Los corsarios, cuya mayor parte se encontraba en la isla o pescando por las cercanías, volvían a embarcarse apresuradamente. Watling medía la situación harto grave. El "Ray of the South", estaba desprovisto de artillería gruesa, mientras aquellas tres naves españolas que tenían la osadía de acercarse no podían venir sino bien armadas y tripuladas por abundante tropa.

—Sólo en último término empeñaremos combate—dijo el Capitán.—¿Está ya todo el mundo a bordo?

Ringrose observaba la maniobra de embarque.

—Podemos zarpar en cualquier momento — repuso.

Watling no disimulaba su inquietud.

—Creo lo mejor — dijo — que entreguemos nuevamente el mando a Sharp. El ha iniciado esta campaña y él...

Pero Ringrose se apresuró a interrumpirle.

- —No; tú puedes hacer más que Sharp. ¿Para qué vamos a exponernos de nuevo a sus locuras?
- —Tú eres el Capitán, apoyó el cirujano Wafer — Sharp es un hombre que no tiene bravura ni conducta.
- —Está bien. ¡No han de ser estos perros los que vencerán a los Hermanos de la Costa!

Los gavieros, trepados a las vergas, y los artilleros detrás de las piezas, esperaban órdenes. El habitual aspecto de indisciplina y capricho se borró bruscamente a bordo de la nave.

Roberto había permanecido todo el día en la isla. Se embarcó en el último bote y apenas estuvo a bordo se encaminó rápidamente a los camarotes de popa. Se detuvo a la puerta de uno de ellos y, aprovechando el momento en que nadie lo veía, la abrió y se deslizó dentro. Una mujer que miraba por la claraboya al mar, se volvió al sentir el ruido de la puerta.

—¡Emilia — gritó Roberto, — tres barcos españoles están a la vista!

La mujer permaneció muda.

—¡No te alegra saber que pronto podemos estar en libertad? Fácilmente esos tres barcos destruirán esta nave. Apenas se entable el combate, yo veré el medio de que huyamos a la isla para embarcarnos después en los barcos españoles.

Las entusiastas palabras no encontraban

eco. Con la cabeza baja, la mujer continuaba muda.

—¿Por qué no me contestas? — interrogó Roberto, vacilante. — ¿Por qué nunca me hablas? Tres o cuatro veces me he acercado a ti, exponiendo mi vida, y tú me desprecias...

Emilia alzó el rostro y sus ojos azules se clavaron por primera vez en los ojos de Roberto. Este advirtió que en aquellos ojos no había desprecio ni odio, sino más bien un sombrío y apasionado reflejo sensual. Los delicados labios se movieron lentamente para murmurar:

- —¿Por qué dices eso? ¡ Yo no te desprecio!
- —Entonces repuso Roberto turbulentamente, — ven conmigo. Huyamos a la isla y después del combate haremos señas a los barcos españoles para que nos recojan.
  - —;Ir a un barco español? ¡Estás loco!... ¡Crees que puedo volver a casa, después de haber navegado durante meses en una nave filibustera, después de haber pasado por todo lo que he pasado...?

Se interrumpió temerosa, pero al fin terminó sin bajar los ojos, mirando a Roberto como en un desafío:

—Después que tú...

El muchacho se aproximó.

—¡Oh, no me arrepiento de nada! ¡Te amo!...

Quiso enlazarla, pero ella se separó gol-

peando el suelo con los pies y retorciéndose las manos.

—¡Oh!...; Quiera Dios que haya combate! ¡Subiré a cubierta y buscaré la muerte! ¡Quiera Dios que muramos todos los que estamos a bordo de esta maldita nave!

Rompió a llorar, apoyándose en el borde de la claraboya. Roberto no pareció inquietarse por aquellas lágrimas.

—Es demasiado pronto para morir — repuso. — El destino nos ha unido.

Y agregó, aproximándose e inclinándose sobre los cabellos rubios:

-Y además, ¡te amo!

Emilia se animó de súbito. Con los ojos húmedos de lágrimas, se volvió. Sus brazos, que las amplias mangas dejaban desnudos, enlazaron a Roberto. Antes de entregar su boca, murmuró:

—¡ Yo también te amo!... Hace dos años, una bruja leyó en mi mano que un hombre me amaría en el mar... Las tres naves que amenazaban a los filibusteros habían sido enviadas, al mando de don Armando de Córdova Laso de la Vega, por el Gobernador de Chile, don Juan Henríquez, con la misión de destruir a los corsarios a los cuales llamaba "tigres con un poco de razón". El saqueo e incendio de La Serena había sembrado el pánico en todo el reino. Los tres poderosos buques salieron de Valparaíso con el propósito de hacer un escarmiento cuyo eco llegara hasta la Tortuga y demostrara que el poderío de los corsarios había terminado.

Durante todo el día y toda la noche las naves de don Armando de Córdova se mantuvieron a la vista de Juan Fernández. Los corsarios acechaban sus movimientos, resueltos a esquivar el combate. Pero una vez más su prestigio diabólico debía salvarlos. A la vista ya del enemigo, los arrestos vengadores cedieron. A las diez de la mañana siguiente las tres naves españolas tomaron el largo y a las pocas horas se habían perdido de vista.

Watling, que estaba en el alcázar, se dirigió a Dampier:

-Anota este hecho en tus escritos - di-

jo. — La buena estrella de los corsarios tiene todavía mucha luz.

- —Sí, y además no olvidaré repuso el futuro autor que la buena estrella de los corsarios ha sido creada por ellos mismos.; Doble hazaña!
- —Pero en este crucero lamentó el Capitán — no encontrarás material muy interesante para tus obras. Pasaron ya los buenos tiempos de la filibustería, los tiempos de Morgan...
- —¡Siempre hay que observar, siempre se pueden hacer anotaciones interesantes! ¿Qué sabe Europa de estos países? El prisionero me ha proporcionado muy buenas noticias.
- —¡Qué te parece el muchacho? ¡Crees que puede sernos realmente útil?
  - -Sin duda. Es sagaz.
  - —į Y la muchacha?
  - -No la he visto hoy. Parece tranquila.
- —; Y de qué podría que jarse? ¡De qué podría que jarse ninguno de los prisioneros? Se les trata bien. No nos tratarían así los españoles si cayésemos en sus manos... Anda, Dampier, trae al muchacho. Quiero hablarle.

Dampier abandonó el alcázar. Encontró a Roberto, junto con otros corsarios, izando, por la amura de babor, grandes cestos de frutas y sacos de langostas.

Roberto se había adaptado perfectamente a la vida de a bordo. Al recibir la orden de presentarse ante Watling, de dos saltos estuvo en el alcázar.

El Capitán lo interrogó inmediatamente:

- -¡Has estado en Arica?
- -Sí.
- —¿Y qué sabes del armamento de la plaza?

Roberto no sabía mucho, pero habló con absoluta seguridad.

- —Hay una fortaleza inexpugnable. El Capitán de la Sala de Armas, don Alvaro de Cea, es un valiente; pero mucho más lo es el Maestre de Campo don Gaspar de Oviedo. Este, en previsión de ataques filibusteros, tiene instruídos en la guerra a todos los hombres en estado de cargar armas.
- —¿De manera que crees una locura ataear Arica?
- —No, ¿por qué? Los filibusteros han atacado plazas más fuertes.
- —; Qué dices tú, Ringrose? interrogó el Capitán al corsario que acababa de acercarse.
- —Que nos temen demasiado los españoles, Capitán.
- —Así lo creo. Nuestra buena estrella tiene todavía demasiada luz. ¡Partiremos al instante! Caeremos primero sobre Iquique y luego sobre Arica. ¡A la maniobra todos!

Rápidamente los gavieros, estuvieron en su sitio. Soplaba buen viento sur y con sólo las lonas de proa, los corsarios pudieron abandonar su fondeadero y poner rumbo a su presa.

### IXX

La nave rolaba, cortando el oro espeso del día. Todavía su estela la mantenía atada a Juan Fernández, pero la isla retrocedía rápidamente tras el amplio vuelo del velamen.

Hacía calor. Los hombres circulaban semi desnudos, y aquellos que no atendían a la maniobra limpiaban sus armas cuidadosamente. A la entrada de la escotilla de proa, cuatro guacamayos sujetos con ligeras cadenas, alzaban una gritería infernal.

Watling y Dampier empujaron la puerta del camarote de Emilia. La muchacha los recibió alegremente, con naturalidad de amiga.

—Casi hemos cambiado los papeles, Emilia. Si las tres naves de vuestros compatriotas nos hubieran atacado, tal vez en este momento los prisioneros seríamos nosotros.

Emilia se echó a reír.

—En ese caso, ya os habría hecho azotar, Capitán.

—Vos no olvidáis…

La muchacha se puso súbitamente seria.

—No os guardo rencor — repuso. Y agregó, encaminándose hacia la claraboya, por donde el mar, curioso, asomaba sus ojos de espuma:

- -: Pero es tan difícil olvidar!
- —¡Bah, no hablemos de eso! Pronto estaréis en vuestra patria. Ahora cumplid la promesa: ved mi destino.

Watling extendió su mano derecha con la palma hacia arriba. Dampier, con un gesto de desagrado, se encaminó hacia la lumbrera a mirar el mar.

—Vos no creéis en mi ciencia — dijo Emilia.

Muy grave, Dampier repuso:

—No; no hay base científica en semejantes adivinaciones.

Pero ya Emilia había tomado entre las suyas la tosca mano de Watling y sus dedos finos palpaban las callosidades de la peluda zarpa.

—La verdad—dijo el Capitán—, no creo tampoco gran cosa en que pueda saberse el porvenir de un hombre por las rayas de su mano. Por lo demás, mi curiosidad es harto tardía. Estoy viejo, ¿qué puede reservarme el destino?

Emilia, gravemente continuaba su observación. Sin alzar los ojos fijos en la mano del corsario, repuso:

—Una bruja me enseñó a leer el destino. Veréis cómo todo cuanto os diga se cumplirá. Lo que aquella bruja me dijo de mí ha resultado cierto.

Siguió aún examinando las rayas y protuberancias de la mano, y al fin alzó los ojos. Miró al corsario silenciosamente. —¡Por el diablo! — exclamó Watling. — ¡Qué habéis leído?

Emilia siguió muda, mirándolo de una manera extraña. Dampier, abandonando su observación, se aproximó.

—¿Algo malo? Decidlo sin temor. El Capitán no cree en estas supercherías.

Una sombra de miedo cubría el rostro de la niña. Watling comprendió.

- —¡Eso es! Moriré pronto, ¿verdad? Podéis decirlo sin cuidado. Ya soy viejo; he estado en centenares de combates, ¿qué puede importarme?
- —Las rayas de vuestra mano murmuró Emilia lentamente—dicen que la muerte está cercana.

Dampier intervino:

—¡Patrañas, Capitán; todas patrañas!¡No hagáis caso!

Pero ya las supersticiones marineras pesaban en el alma del corsario.

- —¡No me importa morir murmuró; verdaderamente, no me importa. Pero tal vez el sueño de la muerte esté lleno de más horrores que las batallas, que las tempestades y que el delirio de la fiebre.
- —El sueño de la muerte afirmó Dampier — es la paz absoluta; es el aniquilamiento total.

Emilia repuso:

—He vivido con las religiosas de La Serena. La Madre Superiora, una santa, no tenía otra esperanza que la vida futura.

Dampier, investigador, pensador, hombre

de libros, confirmó sin vacilar su pensamiento:

—¡Absurdos! Sólo la materia se transforma. El alma no es sino un chispazo en el breve sueño de la vida. Después sobreviene la sombra absoluta.

Watling jugaba con su espada, mirando al suelo.

—¡Quién sabe!... — dijo. — Tú, Dampier, ¡no has visto nunca fantasmas?

El filibustero se echó a reír.

- -No, dijo nadie ve fantasmas.
- —¡Yo los he visto! prorrumpió Emilia. He visto el fantasma de mi abuelo. Se nos apareció a todos los de nuestra familia en La Serena, la misma noche que él murió en España. Lo vimos mi padre, mi madre, yo... ¡todos!
- —¡Oh!, replicó Dampier ese es un fenómeno explicable. Oí hablar de ello a un hombre muy sabio de Londres: el espíritu puede comunicarse a la distancia, materializarse en una visión.
- —También vi un aparecido: continuó Emilia — un soldado asesinado cuya alma vagaba por las inmediaciones del cementerio al atardecer...

Dampier no cedía.

—Es absurdo creer en semejantes historias; sólo los hechos comprobados tienen valor. Una mujer impresionable puede ver que los muertos se alzan de sus sepulturas, pero la ciencia...

Watling no podía, sin embargo, apartar su supersticiosa impresión.

. - Nadie sabe nada! - dijo.

Y concluyó, dirigiéndose hacia la puerta del camarote:

—Buscaremos combate muy luego para ver si resulta cierta la predicción. ¿Dónde me esperará la muerte?

### IIXX

Sharp continuaba orgullosamente encerrado en su cámara y Watling lo visitaba a diario para romper su enojo. El antiguo jefe era testarudo, hostil, y su acritud aumentaba sabiendo que la tripulación no cedía en su menosprecio hacia él.

La nave volvía a la costa chilena en busca de nuevas aventuras. Watling sometió su plan al consejo de los Hermanos de la Costa, y aunque algunos opinaron por el regreso a la Tortuga pasando por el estrecho de Magallanes, la mayor parte quiso continuar tentando fortuna en las costas del Pacífico.

Ninguna vela rompió el círculo del horizonte en los veinte días que duró la navegación hasta que avistaron la costa y el caserío de Iquique. La miserable población no opuso resistencia a los filibusteros.

Aquella tarde el Capitán fué a entrevistarse con su prisionera.

Emilia era ya familiar a bordo. Comía con los, jefes y algunos comentaban los amores de Watling y de la muchacha.

—Emilia — dijo el corsario, — ¿quieres desembarcar en este puerto?

- -iDesembarcar? preguntó ella sorprendida.
- —Sí; esta es tu patria, tu tierra. No querrás continuar con nosotros hasta las Antillas.
  - —Si lo ordenas, desembarcaré.
  - -Yo no lo impongo...
  - -; Desembarcará también Roberto?...
- —No; lo necesito como guía hasta Arica. Pero eso, ¿qué puede importarte?
- —Entonces, Capitán, desembarcaré en Arica.
  - -Está bien.

Watling abandonó Iquique aquella misma noche, llevando un botín tan miserable como la población misma.

#### IIIXX

Era el buen tiempo, y cuando la nave, para ocultar su verdadero rumbo, tomó altura al abandonar Iquique, un mar apacible, de largas y perezosas olas, se ofreció sumisamente a los filibusteros. De nuevo la costa chilena quedaba a popa. Watling se alejaba, pero sólo para buscar renovado impulso que le permitiera caer, rápido y certero, sobre Arica.

La tripulación estaba satisfecha. En el castillo de proa se hablaba de grandes cantidades de plata que, traídas desde el Alto Perú, estaban almacenadas en Arica en espera del galeón que debía conducirlas a España. Roberto había recordado las fantasías de don Lope y, cuando en la noche se sumaba al corro de los filibusteros, hablaba de aquel pasaje subterráneo que unía al Cuzco con Arica y que, según la leyenda, había servido para que los Incas movilizaran sus tesoros.

—Don Lope, hombre de mucho saber, decía Roberto — aseguraba que en aquel subterráneo, cerca de su desembocadura en Arica, subsisten aún muchas de las riquezas de los príncipes indios.

Por la noche, a la luz de los fanales, Roberto dejaba caer sus palabras entusiastas

en el corro expectante de los filibusteros. Siempre querían saber nuevas cosas de las tierras de los Incas donde se podía cargar un navío hasta hacerlo zozobrar con el peso del oro.

—Yo no he visto nunca tales riquezas, dijo Roberto — pero en aquel pasaje subterráneo...

Ringrose le interrumpió:

—Entonces, si sabes donde está ese pasaje nos llevarás a él. Si te niegas, te cortaremos las orejas.

Un coro de carcajadas celebró la idea. Roberto tuvo la sensación clara de lo poco que distaba aquella broma de la realidad.

—¿Seríais tan cobardes como para hacer eso? — interrogó con voz entera. — Siempre, en estas costas y aún en las Antillas, os seré más útil vivo que muerto.

Da Silva repuso:

- —De todos modos, tendrás que aguzar tu inteligencia para encontrar el subterráneo del tesoro. Aún no te hemos admitido como Hermano de la Costa. No olvides que sigues siendo nuestro prisionero.
- —¡No soy prisionero! Roberto hablaba violentamente. — En el próximo asalto os demostraré que valgo tanto como cualquiera de vosotros!

Una figura grande y pesada cayó dentro del círculo de la luz. Era Tarpin, bucanero que se había unido a los corsarios solamente en esta expedición. Había pasado su vida en las selvas caribes, donde se había hecho temer por su barbarie y su prodigiosa fuerza. Se acercó a Roberto con lentitud.

—Si quieres demostrar tu valor — dijo — ¿por qué no lo haces inmediatamente? ¿Tienes tu cuchillo? ¡Ven!

Las risas volvieron a estallar. Roberto tanteó en su cintura el mango del arma y se puso en pie, dispuesto a seguir a Tarpin.

—Te mataré — dijo éste mirando al muchacho fríamente. — Tú no sirves de nada a bordo. Con la prisionera rubia tenemos bastante.

Y agregó, guiñando maliciosamente un ojo:

—El Capitán protege a la niña y... se acuesta con ella.

-¡Mientes!

Ringrose había saltado de su sitio.

—¡Mientes! El Capitán no tiene nada que ver con la muchacha. Ella es inglesa como nosotros.

Pero ya intervenían los demás corsarios. Un coro de voces amenazadoras envolvió a Ringrose.

- —Yo he visto a Watling cuando entraba de noche al camarote de la muchacha.
- —La prisionera debe ser entregada a la tripulación. ¡Estamos demasiado tiempo sin mujeres!
- —¡Watling no tiene derecho absoluto sobre la prisionera! Debe reunirse el consejo.
- —¡La muchacha es parte del botín! ¡Cada uno de nosotros tiene derecho a una noche con ella.

Las voces eran cada vez más amenazantes. Ringrose, ayudado por Wafer y Dampier, trataba de vencer el tumulto. Pero el oleaje de los gritos y de las injurias arrastraba sus impotentes argumentos. De súbito Tarpin, el más exaltado, se halló cara a cara con Watling, a quien nadie viera llegar.

—¿Qué ocurre?

Vociferando y casi golpeando con sus puños el rostro del Capitán, Tarpin repuso:

—¡Que tú debes entregarnos la mujer. ¡A bordo de un barco corsario las putas son para todos!

Roberto que, fuera del tumulto, atisbaba la escena, no entendió lo que contestaba Watling, pero oyó a Tarpin que volvía a gritar, cubriendo con su enorme silueta la figura del Capitán:

—¡Te colgaremos de una verga! Y yo, por mis propias manos, te amarraré la soga al pescuezo!

Sonó un disparo. Cuando Roberto se aproximó, vió a Watling con la pistola humeante en la mano y a Tarpin de bruces, convulsionado por la agonía.

Rápidamente Roberto se escabulló. Corrió hacia popa y se aproximó al camarote de Emilia. Esta, inquieta, atisbaba desde la puerta de su cabina. Roberto la empujó dentro.

- -¿Qué ocurre?
- -Watling acaba de matar a Tarpin...
- -¿Por qué?
- -Encabezaba un motín. Quería que te

entregarán a ti... que Watling te obligara a pasar una noche con cada tripulante.

Emilia retrocedió hasta su lecho y se dejó caer temblando.

—¿Me matarán?

Roberto se aproximó y la miró curiosamente antes de responder.

- —No; seguramente Watling te defenderá. Ha prometido desembarcarte en Arica.
  - -; No me matarán?
  - -No. Tienes de tu parte al jefe.
  - —¿Y ha muerto a Tarpin?
  - -Sí.
  - -; Y dónde está ahora?
- —No tengas miedo. No le ocurrirá nada. Esta noche podrás dormir otra vez con él.

Emilia alzó lentamente los ojos.

- -¿Qué dices?
- —Que podrás dormir con Watling cuantas veces quieras.

La muchacha se incorporó lentamente. Sus ojos vagaron a lo largo de las paredes de la cabina como buscando un sitio en que afirmar una apariencia de serenidad. Roberto. furioso, la tomó de un brazo sacudiéndola brutalmente.

- —¡Canalla!... ¡Grandísima puta! Ella se desasió.
- -¡Tú estás loco!
- —¡Vas a decirme que no eres la amante de Watling? Varios hombres lo han visto entrar por la noche a esta cabina. El viejo arriesga todo por ti: el mando del barco y hasta la

cabeza. Falta a las leyes de los Hermanos de

la Costa, por tu culpa.

La actitud rebelde de Emilia se relajaba poco a poco. Con la espalda apoyada en la pared, miraba a Roberto, más interrogante que iracunda.

—¡Ten cuidado! No te va a ser fácil burlarte de toda la tripulación como te has burlado de mí. Si no desembarcas en Arica tendrás que dormir una noche con cada corsario.

Y agregó con sorna:

-¡Y son ciento treinta!

Emilia no respondió. La ira, como el miedo, parecía haber desaparecido en ella. De nuevo su rostro sereno se ensombreció en la persecución de un secreto pensamiento, Roberto la miraba atentamente y advertía con asombro cómo en aquellos rasgos finos y delicados iba componiéndose lentamente un signo de voluntad, y cómo una chispa de astucia se escurría por los ojos azules. Intrigado, preguntó:

-¿No tienes miedo?

-¡No!

-¿ Tienes confianza en Watling?

La respuesta vino suave, voluptuosa, envolvente:

-¡Y en ti!

-¿Qué dices?

Ella se acercó al hombre. Sus brazos se le tendieron. Roberto vió cerca de los suyos los labios que se ofrecían sonrientes.

—Tengo confianza en ti. ¡Te amo!

El perfume de sus cabellos ascendía has-

ta él; los senos dorados, a través de los pliegues de la bata temblaban con una deliciosa impudicia. La cogió violentamente. La cintura se dobló fácil a su caricia. El cuerpo entero se le entregó en un roce lento y sabio.

Pero cuando él quiso empujarla hacia el lecho, la muchacha se desasió y lo llevó hasta la puerta.

—¡No, no, vete! Esta noche él no vendrá. ¡Te espero!

#### XXIV

No había aclarado todavía. En silencio, sobre aquel mar pesado, oscuro, liso. el barco navegaba con lentitud empujado por la ligera brisa y la corriente. Una quietud profunda lo envolvía todo. Juanete, velacho y gavia recogían el fresco soplo de la madrugada. Los corsarios, mudos, aglomerados en el castillo de proa, atisbaban la primera claridad de la aurora.

El Holandés Volador no hubiera ido más silencioso que este barco que se acercaba, como otro fantasma entre las sombras, a su confiada presa.

Suavemente, como si su sigilosa presencia aumentara el silencio, llegó la luz. El gluglú del agua bajo la quilla daba a todo una especie de ritmo sin romper el reposo profundo.

Sobre el cielo inocente de la madrugada se perfiló la áspera silueta de los cerros. El agua, que de pronto se hizo liviana y azul, recogió anillos de oro fresco.

—; El Morro! — dijo Watling.

—Vamos bien — aseguró Roberto. — Esta es la caleta del Membrillo. Desde aquí no seremos vistos. Podremos desembarcar con toda calma. Los indios morreros no nos alcanzarán a ver.

- —Y caeremos sobre ellos antes de que puedan darse cuenta.
  - -No hay tiempo que desperdiciar.

Watling tenía ya sus hombres escogidos. Eran setenta y dos filibusteros de los mejores, bien armados y seguros de poder barrer el miserable caserío de Arica.

Nada de gritos, nada de tumulto. Como si no se hubiera ordenado, se amainaron las velas, y la nave se puso al pairo frente a la caleta. Watling fué en busca de Sharp. Los dos jefes avanzaron conversando hasta la amura de babor.

- -¡Voy al asalto!
- -Está bien. ; Buena suerte!

Se estrecharon la mano. En ese momento las embarcaciones eran arriadas y Watling se encaminó hacia la escala. Sharp fué con él.

- —¡Adiós, Juan! Estaré listo por si necesitas mi ayuda.
- —No será necesaria. ¡Venceremos fácilmente! ¡Adiós!

Descendió Watling la escala fija en el costado, seguido de Ringrose, Dampier, Roberto y Emilia. La muchacha tendió la mano a Sharp.

-¡Adiós, Sir!

El corsario quedó un largo instante contemplándola. Su rostro duro, encuadrado en dispareja pelambrera rojiza, no expresaba ningún sentimiento; pero acaso, allá en el fondo de sus ojos pequeños y entrecerrados, se alzaba una sigilosa sombra de abandono, de deseo o de ruina.

—¡Adiós, buena suerte! — dijo por fin, alargando su ancha mano.

Emilia, ayudada por un hombre, empezó a descender la escala. Era una maniobra dificultosa para ella. Sus altos tacones se enredaban y sus pesados vestidos de seda, regalo de los corsarios, iban rozando el casco de la nave lleno de viejas cicatrices y de gloriosos estigmas de batallas. Los hombres de a bordo, asomados a la amura, la saludaron agitando las manos. El silencio de la tripulación calzaba perfectamente con los débiles rumores del mar. Emilia se iba y los brutales marineros ceñían por última vez con sus miradas a la mujer con la cual convivieron. Oscuramente, cada uno sentía que hubiera podido poserla, que hubiera podido someterla a sus caprichos lascivos y manchar de vino y de besos aquella carne rubia. Pero ahora ella se iba, cerrada v lejana, orgullosa v desconocida, como estuvo siempre, aun en la noche que los azotes hicieron sangrar su cuerpo desnudo. Se iba sin entregar sus caricias secretas a minguno de ellos, sin dejar otra cosa que una soledad más pesada en el corazón de cada uno.

La muchacha pisó la borda del bote y se acomodó junto a Watling. Dos embarcaciones más habían sido arriadas y tripuladas ya. Empezaron a bogar hacia el fondo de la pequeña caleta. La mañana se abría como una flor de pétalos transparentes. El mar tuvo un espasmo de luz. Los corsarios a bordo de la nave agitaron sus armas de áspero brillo.

- —Apenas desembarquemos. dijo Watling a Roberto tú te encaminarás a la ciudad con Emilia. Explicarás que sois prófugos de nuestro barco, que estabais allí prisioneros...
  - —Descuidad, Capitán.
- —Nosotros continuó el corsario dirigiéndose a sus hombres — atacaremos primero el Morro y luego caeremos sobre la ciudad. Todo el éxito depende de la prontitud de nuestro ataque.

Las lanchas se aproximaban rápidamente a la ensenada. Los remeros trabajaban agitando apenas las aguas.

—No sé si tengo pena de dejar este buque — dijo Emilia señalando el "Ray of the Sbuth".

Y agregó mirando a Roberto con extraña expresión:

—He vivido en él dos meses, ¡dos meses tan rápidos!

Watling tomó una de las manos de Emilia.

—Tú no volverás nunca a bordo — dijo. — ¿Y yo? ¿Se cumplirá tú profecía en el próximo combate?

Emilia se apretó contra el pecho del Capitán.

—¿Por qué piensas siempre en eso? — preguntó con tristeza. — Seguramente me equivoqué.

La voz del Capitán fué oscura para responder: —¡Bah, qué importa!...; Morir!...; Uno muere a su hora!

Roberto oía el diálogo atentamente. Estaba inquieto. Había esperado con ansiedad el momento del combate. Ahora temía... No se atrevía a mirar a los ojos de Watling, donde pensaba encontrar una sombra de muerte. A solas con él, el Capitán le había hablado con nobleza: Roberto era español, era chileno; sentiría el natural llamado de su sangre. Seguramente en Arica iría a ponerse de parte de los defensores...

—No traicionaré a los Hermanos de la Costa — había replicado airosamente el muchacho.

Pero el Capitán, sonriendo con tristeza, había explicado: No sería una traición la suya. El era español: debía obedecer a su sangre.

Ahora Roberto pensaba en ello y comprendía que nunca podría combatir contra los corsarios. El rencor por los azotes y las amenazas había muerto en él. Lo dominaba su entusiasmo por ese puñado de hombres brutales, por la nave solitaria que recorría el inmenso Pacífico. Y murmuró entre dientes como completando su pensamiento:

El mar devuelve los muertos que no ha querido guardar...

#### XXV

Los tripulantes de los tres botes desembarcaron en las rocas de la caleta y se reunieron para escuchar las últimas instrucciones de su jefe.

Emilia se acercó a Watling.

—Adiós—dijo tendiéndole la mano. Su voz temblaba y tenía los ojos húmedos.

-Adiós-contestó él.

Súbitamente la muchacha se le aproximó y le dió un beso. Un instante sus rubios brazos estuvieron apretados en torno al cuello del corsario. Las grises barbas ocultaron el delicado rostro y las finas blondas se enredaron en la empuñadura del espadón. Luego se desasió y echó a andar. Se oían sus fuertes sollozos. Roberto la siguió, saltando entre las rocas.

Watling permaneció en su sitio, mirando el traje de seda amarilla que se alejaba, bandera de una batalla de juventud, de la última victoria de su vida; bandera del sexo, paseada triunfante entre el dolor, la soledad y la muerte. Se rehizo por fin y habló de nuevo a sus hombres. Conocía la importancia de la guarnición de Arica, al mando del Maestre de Campo don Gaspar de Oviedo; sabía la

existencia de un fuerte bien armado y de no poca soldadesca dividida en dos compañías: la de mulatos libres y la de morenos libres. Cuando cada uno de los hombres que formaban la columna de asalto estuvo listo, el Capitán gritó:

## -; Adelante!

Vigorosamente se lanzaron Morro arriba. Trepaban como cabros salvajes, aprovechando cada saliente del terreno para afirmar los pies y saltar. Grupo ágil y silencioso. Los indios morreros cayeron fácilmente en el choque, sin resistencia alguna. En pocos minutos quedaron amarrados de las muñecas, unos contra otros, en atemorizado rebaño, arreado por algunos filibusteros tras el núcleo principal que ya descendía por la falda opuesta del Morro para caer sobre la ciudad.

Alud fulminante, irresistible. Todo se doblegaba a su paso. Después de la primera sorpresa, algunos vecinos huyeron hacia las afueras del pueblo, otros se refugiaron en el fuerte. El estampido de los arcabuces y de los mosquetes rebotaba en el rostro plácido del amanecer. Un grupo de soldados españoles, al mando del Capitán don Juan de Navarrete, intentó oponerse al paso de los Hermanos de la Costa. Los más audaces atacaron armados de picas y rodelas. Otros, parapetados detrás de un muro, hacían fuego.

Inútil resistencia. Watling, Dampier. Ringrose y Wafer formaban la avanzada. Tras ellos, ebrios de entusiasmo, los demás filibusteros. Juan de Navarrete logró huir. Tres de sus hombres quedaron muertos. Cuatro de los que estaban parapetados tras de la tapia siguieron la misma suerte. Los invasores continuaron su avance, dejando algunos heridos en el camino.

Arica no era sino un pequeño caserío y rápidamente quedó todo él en manos de los corsarios.

Watling se detuvo jadeante y tendió una mirada satisfecha a su alrededor. La ciudad parecía entregada a su capricho. Una vez más la estrella de los filibusteros se alzaba limpia y dominadora. Dampier se acercó al jefe.

- -Tenemos dos muertos y cinco heridos.
- -No es mucho.
- —No; pero hay algo que me inquieta: he visto que la gente se refugia en el fuerte.
- —En pocos minutos más, el fuerte será nuestro.

En ese instante vieron un hombre que corría hacia ellos. Era Roberto. El capitán se sorprendió al verlo.

- —¿Qué haces aquí?
- —¿Qué voy a hacer? ¡Combatir junto a los Hermanos de la Costa!
  - -; Y Emilia?
- —Está en el fuerte. Todos han creído en nuestra fuga del barco filibustero. Yo he escapado.
  - -; Y está muy defendido el fuerte?
- —Mucho; hay cuatro artilleros y gran número de soldados. Además, hay gente del pueblo, toda bien armada. Parece que el Capitán

de la Sala de Armas, don Alonso de Cea, es un hombre sin miedo.

—Sin embargo, y con todo eso, el fuerte será nuestro.

Los corsarios se dispusieron al ataque, dejando a los prisioneros a retaguardia, bien vigilados. Era la última fase de la ocupación de Arica. Después de vencer esa resistencia, ya nadie podría impedir a los Hermanos de la Costa la rebusca del oro y de la plata traída desde el Cuzco.

Watling, Dampier, Ringrose y Roberto encabezaron el asalto. Roberto gritaba como un loco agitando sus armas.

—Incendiemos aquel cobertizo — Dampier indicaba una construcción de caña y barro adosada al fuerte.—El fuego puede comunicarse al interior.

A los pocos minutos el cobertizo ardía. Desde su techo se alzaron largas llamas que, sin embargo, no se propagaron a otras construcciones. Los filibusteros avanzaron entre el humo hasta las proximidades de un pequeño bastión por el lado sur. Allí los recibió una descarga cerrada. Roberto vió rodar por tierra al hombre que marchaba a su lado. Dampier también cayó, pero se alzó en el acto. Una bala le había herido la pantorrilla, que empezó a sangrar abundantemente.

Los españoles no se dejaban ver. Hacían fuego desde sus troneras, con una disciplina y una eficacia que denunciaban segura organización. La inesperada resistencia enloquecía de rabia a los filibusteros.

—¡Adelante!—gritaba Watling. — ¡Hay que exterminar a estos malditos!

—¡Hurra por los Hermanos de la Costa! Pero no pudieron avanzar. Una nueva descarga echó por tierra seis hombres.

—¡Maldición!—aulló Watling.—¡Nos van a matar como a perros?

Los del fuerte parecían resueltos a todo. La fácil victoria filibustera del primer momento no había sido más que un chispazo engañoso. Bien atrincherados pueblo y tropa, la resistencia se hacía muy superior al empuje de los asaltantes.

Watling comprendió que era imposible persistir. Hizo que su gente se replegara fuera del alcance de las descargas enemigas. Entonces, por entre las almenas de la fortaleza aparecieron rostros que escupían injurias y puños que amenazaban.

Los corsarios estaban desconcertados. Sus últimos cruceros de fáciles victorias los habían hecho pensar que no había resistencia posible contra ellos. Ahora, de pronto, una miserable fortaleza se alzaba imbatible ante sus pasos.

—¡Lo pagarán caro! — dijo Wafer, mientras vendaba la pantorrilla de Dampier.

—Hemos perdido demasiado tiempo respondió éste. — Los españoles han podido organizar la defensa.

Hemos perdido tiempo haciendo prisioneros — respondió Watling. — Es justo que ahora los prisioneros nos sirvan. ¡Manda que los traigan!

Roberto se acercó en ese instante. Trais

el traje desgarrado y una mejilla herida.

—¡Capitán, hay que hacer pagar cara esta resistencia!

Watling permaneció mirando la fortaleza, sin responder.

- —; Nos aventajan, Sir insistió Roberto. — Son tres veces más numerosos que nosotros! ¡Por qué no llamamos refuerzos?
- —No; respondió Watling hay que intentar todavía un nuevo ataque.

Y apoyando su mano en el hombro del muchacho, agregó lentamente:

—Tal vez ahora se cumplirá la profecía de Emilia.

En ese momento, Dampier con otros corsarios se aproximó conduciendo a los prisioneros. Hombres, mujeres, viejos y niños formaban un pequeño rebaño angustiado. Gritaban pidiendo misericordia. Algunas religiosas oraban a grandes voces. Watling ordenó desplegar a toda esa gente en una larga fila.

Aquel procedimiento había sido empleado con éxito en numerosas acciones de los corsarios. Los prisioneros debían marchar delante de ellos en el ataque. Los españoles no se atreverían a disparar, bajo la pena de herir, antes que a nadie, a sus propios compatriotas.

Al comprender la suerte que los esperaba, los infelices prorrumpieron en alaridos e imploraciones. Un fraile que había entre ellos, empezó, con voz de bajo apenas temblorosa, a dar la absolución a los que iban a morir. Los corsarios, amenazándolos y clavándolos con sus sables, los obligaban a precederlos en el avance hacia el fuerte.

Así empezó la segunda tentativa de asalto. Los españoles, desconcertados al principio, se abstuvieron de disparar, y los filibusteros pudieron llegar al pie de las murallas. Pero entonces, don Gaspar de Oviedo, hombre resuelto, resolvió jugarse el todo por el todo. Dió orden de hacer fuego. Asaltantes y prisioneros fueron barridos por una descarga cerrada.

—¡Maldición!¡No hay que retroceder!...
¡Adelante!¡Adelante!

Pero los esfuerzos de Watling nada podían contra el desconcierto de los corsarios. El saludo había sido demasiado brutal. Buena parte de ellos se revolcaban en charcos de sangre, escupiendo blasfemias. Los españoles aprovecharon su triunfo y el cañón rugió, despertando los sordos ecos de la bahía de Arica.

Los Hermanos de la Costa se replegaron en desorden.

—¡Hay que llamar los refuerzos! — gritó Watling. — ¡Ringrose, avisa a Sharp!

No había tiempo que percer. Los españoles, envalentonados por el éxito. efectuaban una salida vigorosa. Los corsario tuvieron que ceder el campo. Era imposible una lucha cuerpo a cuerpo, en número tan desigual. Sin embargo, eran los Hermanos de la Costa, los de la tradición de invencibles, los hombres sin piedad y sin miedo, que habían hecho de su vida nada más que una burla de la muerte. Acorralados, rechazados, estaban todavía lejos de ser una presa fácil. Se reple-

garon tras los cobertizos cercanos y contestaron con sus arcabuces el fuego español.

Watling combatía con un furor sombrío. Se ofrecía abiertamente como blanco a las balas. En un momento en que un grupo de españoles se aproximó demasiado al cobertizo, salió solo, blandiendo su ancho espadón, a rechazarlos. Cuando se le unieron Dampier, Roberto y otros corsarios, el arma de Watling destilaba sangre.

—¡Capitán, os estáis arriesgando demasiado! — dijo Dampier. —¡No podemos desperdiciar ni una sola vida!

—¡Malditos sean! ¡Podremos mantenernos hasta la llegada de Sharp?

Hubieron de esperar aún largo tiempo. Afortunadamente, los españoles, considerando acaso segura su victoria, no intensificaron el ataque. Por fin, la columna de Sharp, compuesta de cincuenta hombres, apareció en auxilio de sus compañeros.

Los dos capitanes celebraron un breve consejo. Watling parecía desalentado, sin esperanza de triunfo, pero resuelto a combatir hasta el fin. Sharp, como si sus días de inactividad hubieran acumulado en él toda la furia de que era capaz, se mostraba seguro de barrer al enemigo.

Los españoles, al ver la llegada de los refuerzos, se habían replegado de nuevo en el fuerte. Con gritos y ademanes desafiaban a los filibusteros. Estos, divididos en dos grupos, al mando de Sharp y de Watling, volvieron al asalto. Otra vez la mosquetería atronó la mañana. Las descargas se sucedieron sin interrupción. Entre las balas, los Hermanos de la Costa siguieron avanzando y disparando sus armas, que no hacían blanco en el enemigo, parapetado detrás de las troneras. Caían los corsarios en sangrantes montones. Pero seguían avanzando. Era un intento loco y desesperado, un ataque sin concierto y sin posibilidad alguna. Estaban vencidos de antemano por el número y por las posiciones.

Sharp corrió algunos metros alentando a su gente con roncos gritos. Watling llevó a la su-ya, por detrás de unos ranchos, hasta la proximidad de las murallas. Desde ahí debía avanzar en descubierto. Cuando dejó su abrigo, vió a la otra columna que se replegaba en el mayor desorden. Sin embargo, Watling no cedió. Estaba resuelto a conducir hasta el fin la empresa, animado de un desesperado furor.

—¡Adelante, adelante! — gritó, y echó a correr hacia el fuerte, seguido de Roberto, de Dampier y de una docena de corsarios.

# -¡Adelante, adelante!

Pero, apenas había dado los primeros pasos, cayó sobre las rodillas primero, y después de bruces, hundiendo el rostro en el polvo, Roberto y Dampier se precipitaron sobre él.

## -; Capitán, Capitán!

Espanto y desesperación había en el grito de Roberto. Ayudado por Dampier, volvió cara al cielo el cuerpo del jefe. La sangre le corría por el pecho y la mano se le agarrotaba en la empuñadura del espadón. Dampier desgarró las vestiduras para descubrir la herida; Roberto sostenía la cabeza inerte, donde ya se apagaba el destello de los ojos. Haciendo un poderoso esfuerzo, el agonizante habló:

-¡Huid... Salvaos...! ¡Está todo per-

Roberto quitó el espadón de la mano inerte y trató de alzar al herido en sus brazos.

-¡No, Capitán, no lo dejaremos!

—¡Huid! — murmuró todavía Watling. — Tenía razón Emilia... ¡Es la muerte!

La cabeza le cayó sobre el pecho y un hilo de sangre se le escapó de los labios.

Dampier lo sostuvo aún, mirando con extraña expresión el rostro sin vida.

—¡Ayúdame! — dijo luego, poniéndose de pie.

Roberto cogió entre sus brazos el cadáver y lo cargó a hombros de su compañero. Este echó a correr para rodear el Morro y alcanzar la caleta.

El muchacho permaneció de pie en el mismo sitio. Todo había perdido realidad para él en ese instante. Las balas rebotaban en torno suyo sin que se diera cuenta. De la fortaleza se alzaba una gritería de victoria. De súbito, un golpe violento en el hombro le hizo recobrarse. Sobre el jubón empezó a escurrírsele un hilillo de sangre. Retrocedió hacia los cobertizos y miró curiosamente a su alrededor, como si hubiera caído de pronto en un escenario desconocido. La batalla estaba perdida para los Hermanos de la Costa.

Sharp se replegaba hacia sus botes, llevando diecisiete heridos. Veintiocho hombres quedaban muertos frente a la fortaleza de Arica. Dampier, con su fúnebre carga, había desaparecido ya. Seguramente habría alcanzado las embarcaciones.

El primer impulso empujó a Roberto hacia el sitio en que veía replegarse a los corsarios. Iba a echar a correr, cuando un nombre, caído en su recuerdo, lo contuvo: ¡Emilial ¿Dónde estaría? ¿Iba a abandonarla? Quedó perplejo, mirando a uno y otro lado, con la nerviosidad del segundo inminente. Emilia había sido suya, iba a ser todavía más suya; Emilia estaba con la gente de su sangre, en la tierra de toda su vida.

En la fortaleza crecía el tumulto de la victoria. Parecía que los españoles se disponían a hacer una salida. Roberto miró hacia el mar y vió el amplio velamen del "Ray of the South", que se aproximaba desafiante. Entonces, no dudó más. Apretando con fuerza el sable de Watling, que había recogido en su aturdimiento, echó a correr hasta unirse con los corsarios, que ya entraban en las embarcaciones.

## INDICE

		Pág.
Dedicatoria		7
	de servicios	11
	ibusteros	15
CAPITULO		25
CALIFOLO		35
	H	43
	III	47
	W	1000
	V	51
	VI	57
	VII	61
	VIII	65
	IX	69
	X	73
	XI	75
	XII	81
"	XIII	85
	XIV	91
	XV	95
	XVI	99
**	XVII	103
	NA //III	109
		113
	XIX	
	XX	117
	XXI	121
	XXII	127
	XXIII	129
	XXIV	137
4.0	XXV	143